



San Quintia

revista de narrativa, publicación bimestral julio/agosto 1996

106

David Toscana
Patricia Laurent
Sabina Bautista
Ramón López Castro
Gabriela Riveros

\$10.00

esperanto
textos y comunicación

esperanto presenta ideas creativas que comunican con claridad y efectividad el mensaje sobre su empresa o producto, elaborando textos publicitarios, promocionales, de capacitación, literarios, informativos y didácticos.

5 de mayo 838-A Ote. Barrio Antiguo C.P. 64000
Monterrey, N.L. Tel/Fax: (8) 344-76-85
E-mail: pdeisla@mail.giga.com

Tarín & Contreras
P U B L I C I D A D
S.A. DE C.V.

PC o
MAC
Preprensa
División de

*Salida
electrónica*

Digitalizaciones

*Transfers
y Respaldos*

*Modificación
de Selección*

Prueba de color

*Impresiones
(laser byn o
inkjet color)*

Malamoros 1415 pte. Col. Obispaño
Monterrey, N.L. México C.P. 64040
T: (8) 343-3240, 340-1741, 340-1879, 340-1935
F: (8) 345-9979 E-mail: atarin@mail.giga.com

San
Quintín
revista de narrativa, publicación bimestral julio/agosto 1996 106

En la Celda de Trabajo

Sabina Bautista
Graciela España
Pedro de Isla
David González

Compañera de Celda

Edición
Gabriela Ruiz

Celador de Diseño

Tarín & Contreras Publicidad S.A. de C.V.

Recluso Invitado

Portada

Sergio Cuéllar
"Torso", Tinta sobre papel

Año I Número I

Julio-agosto 1996

Registros en Trámite

Los textos publicados son en su totalidad responsabilidad del autor. No se regresarán originales. Queda sujeto a decisión de la Celda de Trabajo la publicación de las colaboraciones recibidas.

© DERECHOS RESERVADOS

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización de la Celda de Trabajo y de los autores.
Correo Ordinario: San Quintín 106 B Col. Mitras Centro Monterrey, N.L. C.P. 64460 Tel. (8) 346-1377
Correo Electrónico: pdeisla@mail.giga.com
Fax: (8) 344-7685

INDICE

Editorial

•••

David Toscana 3

Un poeta local

•••

Patricia Laurent 9

En domingo no es amargo

•••

Sabina Bautista 15

Times Square

•••

Ramón López Castro 20

El velador

•••

Gabriela Riveros 30

Ven por chile y sal

•••

Los reos de este número 35

•••

Convocatorias 36

San Quintín fue una prisión, después pasó a ser el nombre de una calle, en la colonia Mitras, posteriormente se transformó en un Taller Literario y culminó como una revista de narrativa.

El concepto de cárcel es el de privar de la libertad a quienes han cometido un delito. Nosotros queremos invertir esta idea y con San Quintín 106, proclamar la libertad de expresión. Las puertas de nuestras celdas están abiertas y los textos vagan libres por entre las páginas de esta revista.

Decidimos apoyar el género de narrativa por varias razones: primera porque los que coordinamos esta revista somos narradores, segunda porque nuestros amigos poetas cuentan con suficientes espacios para publicar su trabajo y tercera porque generalmente los textos "largos" no caben en ninguna revista.

En San Quintín 106 estamos abiertos a las manifestaciones de cuento, crónica, relato o fragmentos de novela (terminada) y nuestro único límite es la propia capacidad de la revista.

Incluimos también obra gráfica de artistas mexicanos, porque en las paredes de la prisión se dibuja otra historia, por eso en cada número tendremos un recluso invitado que nos mostrará su celda personal.

La garita de entrada sólo permitirá el paso a reos con textos de calidad, sin importar cuestiones extraliterarias.

Así con este número inciamos un proyecto que hemos sentenciado a cadena perpetua.

UN POETA LOCAL

David Toscana

Hildebrando fue recibido con una fiesta familiar organizada por sus padres. El alcalde —su tío— estuvo presente como invitado de honor, pues fue con dineros del municipio que pasó dos años en la capital del estado, inscrito en el Colegio de Escritores. Volvió con la satisfacción de un diploma enmarcado en chapa de oro que lo autorizaba a escribir profesionalmente y con el orgullo de estar entre los únicos dieciséis, de un grupo original de cincuenta, que terminaron el curso.

Hildebrando había ganado fama local porque sus versos eran leídos en cada fiesta patria y patronal. Para el veinticuatro de febrero, escribió un poema titulado La Tricolor Ondeante, cuyo verso más célebre decía:

Porque si no fueras águila no fuera México.

Para el veintiuno de marzo, había escrito un poema llamado Bendito Benito, que se volvió tan famoso que incluso al pie de la estatua de Juárez, en la calle del mismo nombre, una placa conmemorativa lo citaba:

De sangre india tu nobleza

De sangre blanca tus querencias.

Su repertorio abarcaba el primero, cinco y diez de mayo; el dieciséis de septiembre, el veinte de noviembre, el doce de octubre y las navidades. También tenía loas para prohombres como Cuauhtémoc, Hidalgo, Guerrero, Zapata, Villa, Madero y el Padre Pro.

El único tropiezo en su carrera — gracias a que nunca hizo público un soneto a López Portillo— se lo ganó por haber escrito la Oda al Gobernador. La compuso a solicitud de su tío, en cierta ocasión que el gobernador visitó al pueblo. Educado con lecturas poéticas de años remotos, Hildebrando gustaba emplear palabras de dudoso significado para la mayoría de su público, pero que él sentía le daban a sus versos la dosis de erudición que todo arte requiere. No era raro encontrar en

sus obras palabras como: rosicler, algazara, progenie, lid, denuesto, pléyades, loor, fúlgido y fulgente, infando, presura, garzul, aqueste, zagal, querelloso, adalid y, con gran frecuencia, la expresión ¡Oh!

Escribió de un día para otro la desventurada oda, terminándola justo antes de la ceremonia en que el Gobernador inauguraría la ampliación de la escuela primaria y el Alcalde trataría de negociar una partida del presupuesto para instalar una arena de lucha libre dedicada al Blue Demon, hijo adoptivo del lugar. El evento transcurrió según lo programado: se develó la placa conmemorativa de la ampliación, se aplaudió, hubo discursos y llegó la hora de la oda.

Las primeras estrofas hablaron sobre un estado progresista y sobre un gobierno que daba libertad con oportunidad, sobre la recia figura del mandatario, con ojos siempre mirando al frente. El público interrumpía con aplausos y gritos de mariachi, hasta llegar al verso veintisiete, en el que Hildebrando empleó una de esas palabras de arte:

El Gobernador embebecido

Hubo un momento de desconcierto en el que no se escucharon ni aplausos ni gritos. ¿Qué dijo?, se preguntó la gente y comenzaron a circular las interpretaciones. La prensa, al día siguiente, estuvo dividida. Algunos dijeron que Hildebrando había insinuado que el primer mandatario estatal actuaba como bebé y otros aseguraban que había empleado un sinónimo de baboso. Poeta insulta al Gobernador, rezaba un encabezado.

El Gobierno del Estado, a través de la Subsecretaría de Comunicación Social, pidió al alcalde que buscara la manera de disculparse públicamente.

El municipio pagó en todos los periódicos regionales un inserto que mostraba

el texto íntegro de la Oda al Gobernador. La palabra embebecido aparecía resaltada y con un asterisco. Al consultarse el asterisco al pie de página, podía leerse: Embebecido - Adj. Admirado y pasmado.

La explicación fue vista con buenos ojos por parte del Gobierno Estatal, sin embargo, aduciendo motivos de falta de recursos, se negó el apoyo económico para la arena de lucha libre.

Pese a esto, el balance de Hildebrando resultó positivo: nunca un poema suyo había alcanzado tanta difusión, y con esa buena fama ni el alcalde le negó el dinero para sus estudios ni el grueso de la gente protestó por el destino de sus impuestos.

Dos años asistió a una escuela donde le mostraron la manera como se deben manejar las metáforas y metonimias, sin abusar de ellas, y le hicieron memorizarse los elementos que requiere un texto para ser cuento. Aprendió a redactar guiones de cine, radio y televisión; obras de teatro y ensayos. Supo que palabras como fue, dio y vio ya no llevan acento; que los adverbios terminados en mente no deben emplearse frecuentemente; que desapareció la be de obscuro; que el adjetivo, cuando no da vida, mata; que pues bien, yo necesito decirte que te adoro ya no hace suspirar a nadie; y, muy a su pesar, se enteró de una verdad que en un principio le inquietó al punto de suponer que el maestro le mentía, pero que con el paso del tiempo y lecturas prestadas terminó por aceptar; una verdad que le dejó sin dormir varias noches sumido en la decepción y resuelto a nunca escribir otro verso: la poesía ya no era rimada.

Hubiera tomado el camino de vuelta al pueblo de no haber sido porque su decisión de dejar los versos lo condujo a aceptar la narrativa como su nueva vocación. A fin de cuentas, ser poeta o cuentista o dramaturgo o publicista no era más que una especialización dentro de su nueva vida como profesional de las letras.

Hildebrando sentía que la escuela le había dado todas las habilidades para escribir un cuento, sin embargo, no le venían las ideas. Por eso lo primero que hizo tras su fiesta de bienvenida fue meterse en el Lontananza para ocupar una mesa en la esquina del fondo. Ahí colgó un letrero:

Escritor titulado por
la Escuela de Escritores
busca historias para
escribir cuentos.

Si resultaba cierto —como decía el cantinero— que ahí se escuchaban más confesiones que en la iglesia, ése era el sitio preciso para hacerse de temas. Tan fácil como tronarse unas cervezas y esperar. —¿Ha habido suerte?— preguntó el cantinero. —Todavía no.

Hildebrando había notado la presencia de un hombre que desde una mesa distante lo miraba con insistencia, pero sin ánimo para acercarse. Supuso que todo era cuestión de tiempo, de tragos. Cuando el hombre estuviera suficientemente borracho se acercaría para verter su alma en el papel.

De repente sus miradas se encontraron. Hildebrando sonrió con torpeza y levantó el brazo en señal de saludo. El hombre ni sonrió ni saludó: eructó, se puso en pie y se acercó al escritor.

—Tengo la historia perfecta —dijo.

Volteó hacia la barra e hizo una seña que Hildebrando interpretó como amor y paz, y que dentro del Lontananza significaba dos cervezas por favor.

—Cuéntemela, señor, y si vale la pena, yo la convierto en literatura.

—Me llamo Adalberto.

—Bien, Adalberto, sólo quiero aclararte que los escritores nos alimentamos de ideas venidas de muchas fuentes sin que paguemos gratificaciones o regalías.

—No quiero dinero...

—Hildebrando.

—¿Eres el del poema a Juárez? —Adalberto se entusiasmó y tendió la mano sin hallar correspondencia.

Llegaron las dos cervezas. Hildebrando destapó la pluma y abrió su cuaderno. Las hojas estaban casi todas repletas de tachaduras y frases que no concluían, de inicios de cuentos que se quedaron en el arranque.

—Es una historia de ciencia ficción —dijo Adalberto.

—No importa —aclaró Hildebrando— yo escribo cualquier género.

—Es sobre un candidato a Primer Ministro de una isla imaginaria. Un candidato muy popular que seguramente hubiera ganado las elecciones si no es porque alguien lo asesina en la última etapa de su campaña. La gente lo llora y siente que con él también se van a la tumba los sueños de progreso económico, justicia social, empleo digno, democracia, soberanía nacional, auge comercial, desarrollo cultural...

—¿No son muchas esperanzas para un candidato?

—Se hacen mil esfuerzos por resolver el crimen pero no hay modo de dar con los culpables. Mientras tanto, el candidato sustituto gana las elecciones y, tan pronto toma el poder, la isla se hunde en una tremenda crisis...

—Tenía entendido que iba a ser de ciencia ficción.

—Sí, espérate tantito —dijo Adalberto y dio un trago largo a su cerveza (luengo trago, pensó Hildebrando)—. Ocurre que un famoso científico congela el cuerpo del difunto o lo conserva sumergido en cualquier sustancia rara que se te ocurra, y para antes del siguiente periodo electoral, ¿qué crees?, encuentra la forma de revivirlo. Por supuesto otra vez popularidad total, la esperanza perdida,

sácanos del pozo y no sé cuánto más. El candidato exmuerto gana entonces las elecciones, mayoría absoluta, arrasa, toma el poder... y la isla se vuelve a hundir en una crisis todavía peor.

Adalberto miró a Hildebrando, ansioso por detectar entusiasmo en su rostro.

—¿Me viste cara de pendejo?

—¿Por qué?

—La alusión es tan evidente que hasta un niño la pesca —ahora fue Hildebrando el que bebió hasta apurar la botella—. Además no quiero meterme en líos con nadie; ya me veo: el Rushdie de petatiux. No estoy para eso; mi búsqueda es puramente literaria, sin compromisos que la corrompan.

—Pero muy bueno para hacerle odas al Gobernador.

—Es diferente, eso lo escribo porque lo siento.

—A mí se me hace que eres un lambiscón.

—Y tú eres puro hocico —Hildebrando se incomodó por lo infantil de su respuesta.

Vio que Adalberto se ponía en pie y se marchaba. ¡Síguelo!, le gritó una voz por dentro. ¿Quién va a pagar las cervezas de amor y paz? Pero tuvo miedo de armar un escándalo, de parecer un imbécil corriendo detrás, y no obstante sus bolsillos vacíos, cerrando los puños lo dejó partir.

Al día siguiente las cosas no fueron mejor. Estuvo toda la mañana sentado en la misma mesa, bebiendo agua y haciendo garabatos en el cuaderno sin que nadie se le acercara, salvo el cantinero.

—Si no consumes te tienes que ir —le advirtió, y le explicó que de cualquier modo, aun chupándose una Coronita por minuto, no estaba muy convencido de permitirle colgar el letrero. El mal ejemplo podría extenderse y al rato llegarían plomeros, albañiles, abogados y hasta médicos a colgar sus letreros con horarios, tarifas y especialidades. Se destapan caños / Defiendo trabajadores despedidos / Se ponen inyecciones— ¿En qué se convertiría mi negocio?

Hildebrando volteó a ver su propio letrero y quiso recordar a algún colega que hubiera hecho algo parecido en otra cantina, pero apenas le alcanzó la cabeza para imaginar a Carlos Fuentes en La Ópera, de la mano de Candice Bergen.

—El muy ojete —dijo para sí—, con esa vieja hasta yo escribo una *Terra nostra*; y capaz que la mía sí se entiende.

Concibió un libro titulado *Historias del Lontananza*, en el que el primer cuento narraría las andanzas de un escritor que entra a un bar y cuelga un letrero en busca de temas. Pensó a su vez en un título apropiado para ese cuento y, llevado por la cultura cinematográfica, se le ocurrió Los Apuros de un Escritor.

Era la única idea que hasta el momento le había entusiasmado y se le fue el tiempo tomado de ella. Sin embargo no se ponía de acuerdo sobre narradores, tonos, tiempos y demás. El escritor entró al bar. No. El escritor entra al bar. No. Entro al bar. No. Entrarías al bar. No. El bar estaba vacío. Con un carajo. Luego de dos horas de trabajo, sólo le había satisfecho el refraseamiento del título: Un Escritor en Apuros.

En esas andaba cuando se acercó un hombre.

—Si quieres escribir algo realmente importante, yo te puedo dar un tip.

Hildebrando levantó la vista al escuchar la voz profunda y pausada. Vio un hombre viejo, con una mezcla extraña de fortaleza y cansancio.

—Lo escucho —dijo.

—¿No me invitas a sentarme?

Imaginó al viejo pidiendo un par de cervezas y luego yéndose sin pagar.

—Todavía no —dijo Hildebrando— primero dígame de qué se trata.

El hombre no hizo caso y se sentó. Sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y secó una capa de sudor en su frente a punto de gotear.

—Conozco la verdadera identidad de Blue Demon —dijo.

Hildebrando cerró su cuaderno.

—No sabía que fuera un secreto.

En silencio, el hombre desmenuzó una servilleta y luego sopló con fuerza para hacer volar los jirones.

—Es cierto —dijo decepcionado— tal vez ya no sea secreto.

—Y en todo caso —dijo Hildebrando— no creo que sea importante.

El hombre se puso en pie y se retiró con paso lento. Su voz baja pero audible alcanzó a decir:

—Tienes razón, tal vez ya no le importe a nadie.

Apenas salió del Lontananza, entró Adalberto, aprovechando el impulso de vaivén que le dio el hombre a la puerta.

—Ahí estás —dijo señalando hacia Hildebrando.

—¿Qué? ¿Tiene otra historia de ciencia ficción?

Adalberto pidió un par de cervezas y se sentó.

—Mira —dijo—, acepto que lo que te conté ayer puede parecerse en algo a lo de Kennedy...

—Kennedy mis huevos —interrumpió Hildebrando.

—...pero ahora te voy a contar una historia sobre las intrigas en la industria de la construcción.

Hildebrando lo miró con desconfianza.

El cantinero trajo las dos cervezas.

—O las pagas por adelantado —advirtió Hildebrando— o no escucho nada.

Adalberto extendió un billete al cantinero y comenzó a relatar:

—Es sobre un arquitecto que construye un edificio de ochenta pisos. Todo va bien aunque se corre el rumor de que tal vez está empleando materiales de baja calidad y que los cimientos no los hizo de acuerdo a las especificaciones; aunque nadie se atreve a

asegurar nada. Resulta que ya muy avanzada la obra, al arquitecto lo comisionan para otra obra en el extranjero.

—¿En una isla imaginaria?

—No, Hildebrando, ésta es otra historia —dijo un trago a la cerveza—. Asignan a un nuevo arquitecto para que termine el edificio, y cuando ya estaban por inaugurarlo, se desploma y se mueren cantidad de albañiles y gente que pasaba por ahí, incluyendo mujeres y niños.

Hildebrando golpeó la mesa con la mano abierta.

—Sí, claro —dijo—, y se echan la culpa y hacen huelga de hambre.

—No exactamente —dijo Adalberto—. Ocurre que...

—Ya escuché suficiente —lo detuvo Hildebrando—. ¿De veras me ves tanta cara de pendejo?

Adalberto tomó ambas cervezas y las llevó a otra mesa, donde se puso a beber sin prisa.

Hildebrando retiró su letrero. ¿A quién se le ocurría? Probó la seña de amor y paz y rápido llegó el cantinero con un par de Coronas.

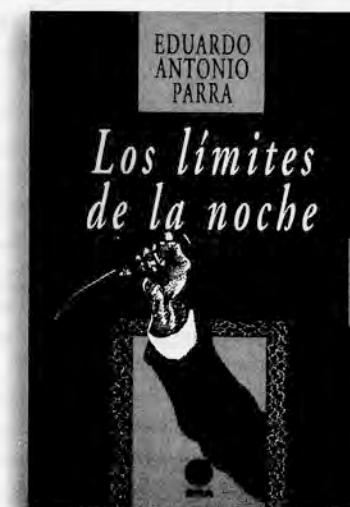
—Así me gusta —dijo—, consumiendo y sin letrero serás siempre bienvenido.

También bebió con lentitud. Esperaría hasta que Adalberto saliera porque se le ocurrió que irse antes era tanto como exhibir su derrota. Abrió su cuaderno y fingió que escribía, repasando la pluma por sobre los trazos de proyectos anteriores, incluyendo el del escritor en apuros. Entre trago y trazo descubrió un calendario que colgaba a un costado de la puerta del baño. No le llamó la atención la gringa descolorida con cerveza en mano, sino la fecha: agosto 27. En cinco días comenzaría septiembre, mes de la patria. Pensó en sus versos a Hidalgo, Allende, Morelos; al grito de Dolores, al abrazo de Acatempan y a las agallas del Pípila. Muchos los sabía de memoria y los repasó en silencio,

con el tono heróico para el que fueron escritos. Entonces le vino un entusiasmo por las palabras como lo sentía antes de que le informaran que la rima estaba muerta y sepultada. Buscó en su cuaderno una hoja en blanco. Aún le quedaban algunos héroes sin versificar, y se dijo que no había muerto ni sepultura que se resistieran al talento. Levántate y anda, decretó en su cabeza, se persignó con la misma mano que sostenía la pluma y comenzó a escribir:

*¡Oh! desventurada patria la mía
Que pagó con santa sangre de niño
La intromisión de un extraño enemigo
Porque en Chapultepec parque no había.*

ESTANTERIA



LOS LÍMITES DE LA NOCHE
Eduardo Antonio Parra
Era/Relatos
Junio 1996

EN DOMINGO NO ES AMARGO

Patricia Laurent Kullick

A Sergio Cordero

Eran ricos los recreos en silencio al lado de Emilio, sentados sobre una piedra o recargados en la barda. Absorto miraba las ramas de los árboles o a los de sexto que jugaban al beis o escupía sobre la tierra y con el dedo índice y el pulgar hacía bolitas de lodo. Estábamos en cuarto año de primaria.

A las niñas del salón les encantaban los ojos verdísimos y las pecas de Milo, pero él no se daba cuenta. Milo no hablaba con nadie, nadamás conmigo. Ni siquiera con la maestra que le sacaba plástica por los pasillos y que a veces, entre varias de ellas lo agarraban todito para no hacerle "mal de ojo".

Pero cuando Milo hablaba era aún mejor. Me contó que su padre era capitán de un barco militar y que había estado en la guerra contra los nazis. Y que si ahora no vivía con ellos era porque lo tenían secuestrado en Tanganica; lo más seguro es que se lo hubieran comido los nativos del lugar, quienes pagaban altos precios por la carne blanca. Emilio hacía pausa y escupía. Luego seguía diciendo que él de todas formas albergaba la esperanza de encontrarlo vivo y que en su casa tenía una espada invencible forjada en el reino de la cuarta dimensión, de donde era su madre. Me quedé boquiabierto.

La primera vez que conocí a Lena, su madre, Milo y yo la acompañamos a una demostración de Stanhome. Era la vendedora. Milo y yo cargamos la maleta llena de productos.

Fue un día extraordinario empezando con el insólito hecho de que mis padres me dejaran bañar en la regadera pública de la vecindad de Emilio; siguió con la aventura de subirme a un camión, usar brillantina, me quitaron los zapatos frente a posibles compradoras y me frotaron los pies con un Frescapié. Culminó con un abrazo de Lena cuando me dejó en la puerta de mi casa. Sentí

como si se vaciara. El amor emanaba caliente entre sus senos y caía goteando de sus dedos que recorrían afectuosos mi espalda. Olí su perfume dulzón revuelto con el ácido de sus axilas y descubrí que traía puesto un vestido de lana en pleno mayo. Esa noche de la demostración soñé a Lena con alas. A mi casa había entrado la lluvia de un huracán y el agua me llegaba al cuello. Entonces ella aparecía y me elevaba hasta el techo para ponerme a salvo.

A pesar de este sueño, no podía imaginarme que fuera de la cuarta dimensión. Está más allá del espacio, me dijo Emilio, y todo es de color azul. Para que tengas una idea más clara, las hadas son de allá, por eso tienen tantos poderes aquí, aunque en su dimensión esa magia es normal. También me contó que Lena forzó su entrada a la tercera dimensión para salvar a su futuro esposo de un naufragio pues se había enamorado de él. Entonces Galtuk, padre de Lena, la castigó cinco crepúsculos seguidos que en la cuarta dimensión son siglos enteros, pero Lena escapó de la mazmorra que tenía un hechizo en el candado y el precio fue renunciar a sus poderes y jamás volver a la cuarta dimensión. Le pedí a Emilio que me contara cómo le había hecho Lena para romper aquel candado encantado. Con la espada que tenemos en casa, contestó.

Todavía me quedaron muchas dudas, preguntas y deseos de saber más sobre la procedencia de Lena, pero no quise atosigar a Milo. Tuve miedo de que se encerrara en sus silencios y ya no quisiera juntarse conmigo.

Las siguientes ocasiones que fui a casa de Milo, desde que entraba a la vecindad, me imaginaba que iba a encontrar a Lena acariciando la espada que guardaba en un baúl y que estaría llorando por ver una vez más al viejo Galtuk. Pero casi siempre la encontraba sonriente en el lavadero,



bromista, o partiendo vegetales para la sopa, o sacudiendo y silbando o me hacía una seña con el dedo para que no fuera a hacer ruido y despertara a la bebé. Cabe decir que Lena, aunque parecía la hermana mayor, era la madre de Rodrigo, Emilio, Isabel, Valeria, y Elenita.

En la tardes, Emilio y yo nos escondíamos entre las sábanas que colgaban olorosas a limón de los tendederos y platicábamos de cómo íbamos a rescatar a su papá de los nativos de Tanganica. Milo traía un mapa doblado decenas de veces. Decía que aquel mapa era especial, porque trazaba una ruta corta por la cuarta dimensión, pero que era necesario que Lena no se enterara de nuestro plan, pues ella tenía miedo que la venganza del abuelo Galtuk cayera sobre nosotros, en dado caso de que yo también pudiera traspasar el espacio dimensional, pero Milo lo dudaba porque yo estaba muy gordo y aquella puerta era tan delgada como un cabello. Emilio requería de una bicicleta Vagabundo y de siete veces siete pesos, o sea cuarenta y nueve, que sumados el cuatro y el nueve daban a trece y que a su vez sumaban cuatro, el número exacto de la dimensión. El dinero lo necesitaba para sobornar a un joven facuo que resguardaba el portal de luz. Los facuos, según me dijo, eran unas criaturas que parecían monstruosas, pero en realidad eran tontas y bonachonas. Estos facuos volaban al ras del suelo y tenían una luz verde fosforescente en las uñas con la que se iluminaban el camino.

Yo tenía justo la bicicleta que Emilio requería. Los cuarenta y nueve pesos, que según nosotros íbamos a juntar haciendo mandados y lavando carros, terminé por tomarlos prestados de la caja registradora de la carnicería de mis papás.

Todo estaba perfectamente planeado. Era importantísimo que nadie supiera a dónde había ido Emilio. Si Lena llegaba a enterarse de que Emilio viajaba en una Vagabundo

rumbo a Tanganica, era capaz de perder la razón, sacar su espada invencible y hacernos picadillo a los dos. Yo ni siquiera traté de acompañarlo porque a pesar de la dieta no bajé un miligramo. Además mi madre no necesitaba de espada mágica para hacerme picadillo si me ausentaba por una noche entera, ya no digamos días y el viaje de Emilio, aunque segundos estaría en la cuarta dimensión, en ésta serían meses.

La despedida al guerrero Emilio fue rápida. Le pidió permiso a Lena para quedarse en mi casa a dormir. Con esto conseguimos un día completo de ventaja antes de que se notara su ausencia. La ventaja era necesaria pues los residuos de los poderes de Lena eran suficientes para alcanzarlo en esta dimensión, pero una vez en la cuarta, Lena jamás podría cruzar el umbral. Aquella tarde, cuando Milo llegó a mi casa después de la escuela, en lugar de sonrisa como hubiera hecho Lena, mi madre, desde los hígados, la sangre y las moscas que la rodeaban, le enlistó amenazante todas las reglas para estar adentro de su casa, entre ellas el silencio. Milo acató las órdenes y todo lo hicimos en susurro o a señas. Sacamos los libros del morral que Emilio utilizaba de mochila y pusimos unas camisetas y un par de trusas más. Fuimos a la alacena. Emilio se abalanzó sobre la crema de cacahuete. También se llevó unas galletas, una lata de jamón endiablado, un frasco de aceitunas y unos fideos que me aseguró cocinaría sobre una lumbrita en el bosque, donde también cazaría conejos. La bicicleta la sacamos por el portón de atrás. Emilio me preguntó si también le podría prestar a mi perra Yini, le dije que no. Pasaban de las tres de la tarde y no había tiempo que perder. Con los ojos entrecerrados por el solazo, Emilio me dio las gracias y partió. Primero hacia su casa de donde sacaría la espada sin que lo viera Lena y después rumbo a Africa, vía cuarta dimensión.

Al día siguiente, cuando me senté solo en nuestro mesabanco, caí en la cuenta de que Milo perdería muchas clases. Los

exámenes de fin de año estaban por llegar, a lo mucho en un par de semanas más. Durante el recreo, pensé en la posibilidad de que Milo hubiera inventado todo. No lo de Tanganica, que me parecía creíble, sino lo de Lena y sus poderes tetradimensionales. De una cosa no había duda: Lena era extraña. Menudita y narigona. De frente chata y dientes grandotes. Tenía unos ojos redondos y amarillos, descomunadamente brillantes, como si siempre estuviera a punto de llorar. A veces, cuando te miraba, parecía que te leía las ideas debajo de los sesos. Además, su comportamiento era diferente al de todas las mamás.

Una de las primeras veces que fui a casa de Milo, Lena nos disfrazó y nos pintó la cara como si fuéramos a pedir Halloween. A todos menos a Rodrigo, el mayor, porque era muy serio y se la pasaba fumando recargado en el portón de la vecindad, ni a la bebé que pataleaba en su cuna mientras todos bailábamos rock. Lena apagó las luz del cuarto, subió el volumen de la radio y con una linterna encendida hizo movimientos como si fuera un baile de luces. Aquello se volvió una gritería. Parecía un manicomio. Yo también gritaba porque no quería verme fuera de lugar, pero la verdad es que Lena y sus hijos me pusieron nervioso. Cada cual había agarrado una sartén o una cubeta o dos cucharas para hacer ruido. Isabel se subió arriba de la mesa y bailó como Rarotonga. Lena tenía una carcajada contagiosa. Se reía ella y luego sus hijos le hacían eco.

En otra ocasión, Lena nos mandó a mi y a Milo a pedir fiado un kilo de harina y un cuarto de manteca. En la tienda de doña Delia, Emilio se sintió avergonzado. La mujer, no sólo nos negó la harina y la manteca, sino que además se aventó un sermón para que le dijéramos a Lena que ya le debía mucho dinero y que doña Delia no podía estarlos manteniendo. Lena tenía que buscarse un trabajito. Milo le contestó que Lena trabajaba

vendiendo productos, pero a veces se tardaban en llegar los pedidos y además cuando regresara su papá le iban a pagar el doble. Salimos agüitados. Le dije a Emilio que de mi casa podíamos sacar harina y manteca. Le pedí que me esperara en el portón de la vecindad porque no quería que mamá sospechara. Saqué harina, manteca, mantequilla y un puño de chicharrones de res. Además diez pesos que Milo y yo dijimos haber hallado en la acera cuando regresábamos de la tienda de doña Delia. Era aquella una tarde de lluvia. Lena hizo frijolitos y chicharrones en salsa. De tomar nos dio café negro endulzado. Mientras todos se aborazaban por la tortillas que llegaban volando al mantelito del centro de la mesa, yo observaba a Lena en busca de una señal, de unas alas dobladas hasta el dolor entre las costillas o de una estrella luminosa sobre su cabeza. A veces Lena me miraba, toda sudada y me guiñaba un ojo, como diciendo: yo sé que tú sabes. Yo la miraba cómplice y en silencio prometía guardar su secreto.

La segunda noche de la ausencia de Milo, pensé que Lena tocaría a la puerta de mi casa para preguntar por su hijo. Entonces le contestaría lo acordado: desde que salimos de la escuela él se fue para su casa y yo para la mía. Después preguntaría sorprendido, ¿no ha llegado? Lo ensayé una y otra vez. En mi imaginación veía a Lena llamar a nuestra puerta y escuchaba su voz detrás de un rebozo negro que usaba para guarecerse de la lluvia que esa noche caía espléndida. Le preguntaba a mi padre por Emilio, mi padre le gritaba a mi madre, mi madre contestaba desde su habitación que lo había visto antier. Entonces, Lena preguntaba por mí. Oía los pasos de mi papá acercándose a mi cuarto. Me veía yo bajar en pijamas y luego veía a Lena observando las carnes que colgaban de los ganchos. Sus ojos eran más amarillos bajo la luz blanca de la carnicería. Dónde está

Emilio, me ordenaba que le dijera sin usar una palabra. Mi corazón palpitaba por la traición: en Tanganica, le contestaba con la mirada. Le decía, también en silencio, que no podía hablar delante de mi padre y Lena entendía. Me pedía que saliera con ella a los escalones de la puerta y dejáramos a papá adentro, parado sobre sus pantuflas. Afuera sentía el abrazo de Lena como la primera vez. Le decía que no se preocupara, que Emilio regresaría en unos cuantos meses. Ella cerraba los ojos y lloraba en mi oído. De nuevo preguntaba a dónde había ido Emilio. A Tanganica, le repetía yo abrazándola más fuerte. Entonces me daba cuenta que Milo había mentido ya que tenía que explicarle a Lena qué era Tanganica, dónde estaba y lo de los caníbales. Lena se desmayaba en mis brazos, con la lluvia en la cara, antes de que le contara lo de la bicicleta, los cuarenta y nueve pesos, los facuos corruptos y lo de su padre Galtuk.

También me preguntaba en dónde podría estar Emilio a estas horas. ¿Llovería en la cuarta dimensión?

Asombrosamente, Milo estaba en la fila de la escuela al día siguiente. Me moría de ganas por saber cómo le había ido y dónde estaba mi bicicleta. Tuve que esperar hasta el recreo. Emilio me contó que había llegado hasta el portal de la cuarta dimensión y que había logrado sobornar al guardia con los cuarenta y nueve pesos. Al facuo le había encantado mi bicicleta. Pero como no encontré en su casa la espada de Lena y partió sin ella, una vez adentro de la cuarta dimensión, le dio miedo toparse con Galtuk y se había regresado sin el dinero ni la bicicleta. Que lo sentía mucho y que me la iba a pagar en abonos, lavando carros.

Esta deuda me costó una paliza con el cinto de mi padre pero también me aseguró la amistad de Emilio, hasta aquel domingo en que ya no quiso verme más. En ese entonces yo iba a la casa de Emilio todos los días y

aunque no volvimos a mencionar Tanganica, era obvio que Lena perdía la esperanza de que alguien pudiera rescatar a su esposo. Seguido se le veía sentada a la mesa, con la mirada perdida, tomándose una cerveza caguama. Parecía enferma y apenas sonreía. Arrullaba a la bebé en voz baja, cocinaba y servía en silencio. La radio había desaparecido. En ocasiones, Emilio y yo teníamos que traer a pedradas a sus hermanas de la esquina, porque no querían meterse a dormir y Lena ni siquiera se enteraba que todavía andaban en la calle. Milo y yo comenzamos a sospechar de que Galtuk hubiera usado su magia contra el marido de Lena para que nunca más encontrara el camino de vuelta y que ella perdiera su voluntad.

Pero un viernes, Lena se levantó animada y nos anunció que el próximo domingo iríamos todos a una fiesta a casa de su primo en la colonia Caracol. Todos se refería a Emilio, Isabel, Valeria, Elena y yo, porque Rodrigo nunca estaba en casa.

El domingo llegué temprano y recién bañado a la vecindad. Todos estaban listos. Lena se puso el mismo vestido morado de lana que usaba para las demostraciones y se hizo un peinado de gajos. Se veía más grande por el maquillaje, los tacones y el peinado.

Le ayudé con la pañalera y a llevar de la mano a Valeria mientras que Emilio ayudaba con Elenita. Arriba del camión jugamos a las pulguitas. El primero que veía por la ventanilla un Volkswagen Sedán pellizcaba al otro y gritaba "¡pulguita!", luego decía el color del carro para que nadie repitiera el mismo. En el trayecto pensé en el primo de Lena. Tal vez era un ser anfibesco que fumaba una larga pipa y se reía de los simples mortales. A lo mejor, parecía normal como Lena, pero dentro de su casa, abajo en el sótano, escondía magias y conjuros en baúles, matraces y tubos de ensayo. Mi curiosidad se vio decepcionada cuando llegamos a su casa: un

tejaván rosa de dos piezas; el cuarto con seis camas y la cocina. El tenía una panza enorme, fumaba, casi no podía respirar y escupía flemas en el piso. La esposa, una mujer bulbosa que llevaba lentes verdes tipo gatúbela, nos besuqueó toditos, luego nos sirvió mole con arroz. Los hijos, doce para ser exactos, nos miraban tímidos, se reían, se volteaban, se salían, regresaban. Cuando terminamos de comer, salimos a jugar a la calle. A los que más recuerdo son a Esteban y a Juan Manuel, porque se la pasaban peleando entre ellos y llegaron a darse golpes. Ese domingo aprendimos a jugar a las aguilitas con mi dinero y perdí la mitad.

La otra mitad la perdimos jugando a la lotería contra los hijos del primo. Estuvimos divertidos toda la tarde y parte de la noche, hasta que Lena, tambaleante, salió del tejaván. Hacía un esfuerzo por caminar derechita. A cortasílabos le preguntó a la esposa del primo por Elenita. Luego nos miró a todos como si fuéramos perfectos desconocidos y eructó sobre nuestras narices. Un hilillo de baba escurría por una de sus comisuras. Lena se lo limpió con el dorso de la mano; se volteó hacia la pared y recargó la cara. La esposa del primo trajo a la bebé y se la dió a Milo. Luego nos echó la bendición con unos ojos llenos de lástima.

Yo le ayudé a Milo con la pañalera. Isabel agarró de la mano a Valeria y se pusieron a cantar y jugar bebeleches invisibles por la acera. Caminábamos todos despacio, conscientes de que Lena avanzaba un paso, retrocedía dos y descansaba tres minutos abrazada de un árbol. Estábamos por llegar a la parada del camión cuando Lena tropezó y cayó de bruces contra el cemento. Quiso levantarse enseguida, pero fueron vanos sus esfuerzos. Yo corrí para auxiliarla y fue cuando Milo, enfurecido, le dió la bebé a Isabel y me embistió con todas sus fuerzas. Caí al suelo bocarriba. Milo, sentado a horcajadas sobre

mí, me golpeaba la cara, me decía que no tocara a su madre y me llamó gordo, panzón, maricón. Nos separamos porque Lena llegó gateando hasta nosotros, echó su aliento pestilente sobre nuestras caras, balbuceó ternuras y nos miró con los ojos vidriosos.

Milo me arrebató la pañalera. Le dió órdenes a sus hermanos que no se acercaran más a mí. Lena caminaba recargada en el hombro de Emilio. Ahora Isabel llevaba a la bebé y Valeria lloraba asustada.

Cuando llegó el camión, yo me fui hasta la parte de atrás y me bajé primero que ellos, en la parada de la escuela. Ví por última vez a todos de espaldas: las orejas enormes de Milo y Lena roncando sobre su hombro. Isabel con la bebé dormida, mirando por la ventanilla. Valeria buscando "pulguitas" sola.

Ese mismo verano, mi papás cambiaron su carnicería al fraccionamiento Marte, a muchos kilómetros después del río.

ESTANTERIA



CREPUSCULOS DE LA CIUDAD
Dulce María González
Libros de la Mancuspia/Narrativa
Junio 1996



TIMES SQUARE

Sabina Bautista

Quiere dormir un poco, pero no debe, la estación ya está cerca, por lo menos así le pareció después de pasar por Rector Street, faltarán a lo mucho diez estaciones.

Si el cuerpo no me pesara tanto podría mirar el mapa que está al final del vagón.

Respira profundo, tratando de llenar sus pulmones con aire desconocido, nuevo, que pueda levantar el fardo que le ha caído desde el último timbre, avisando el cierre de las puertas.

Los sonidos se empeñan en acompañarlo, dedicarle una suave canción de hierro, para cerrarle los ojos. Notas circulares de ruedas besando las vías, salpicándole arena para que no pueda resistir la tentación de juntar los párpados un momento. Música africana de tambores y cornos, con ritmos semejantes a las punzadas que suenan cada vez más graves en su lumbar izquierdo.

La muchacha del sombrero azul, se bajará en la siguiente, va recogiendo su bolso y mira alrededor para cerciorarse que no ha olvidado nada. El hombre que va junto a ella se endereza, gira sin despegar las rodillas para cederle el paso, echándole una vistazo al trasero plano, para después fijar el mirada en otro punto perdido del vagón.

Lola habrá cocinado pollo, seguramente le puso papas porque sabe que me gustan y el pollo estará en la mesa de la cocina, como todas las noches, la cena lista y Lola durmiendo, sin esperar nada.

El tendrá que acostarse despacio para no despertarla, tal vez le dé un beso, ella responderá con un ligero lamento, erigirá con su espalda la muralla oscura que los divide, sobre la cual no se puede pasar.

Si me diera un poco de tiempo, podría explicarle todo, prometerle que vamos a comprar una casa nueva en los suburbios y ¿por qué no? el carro que ella ha deseado

tanto para no tener que abordar el metro. Sería bueno que Lola tuviera un carro, podría llegar de la oficina y escuchar con buen humor las nuevas piezas que ensayé para el bar, estaría dispuesta y risueña en la cama e iríamos juntos a misa los domingos hasta el Bronx, sin preocuparnos por nada.

Lola siempre está pensando en los papeles que tiene que organizar para el día siguiente, por eso lo rechaza, así es ella, pero a él le sentaría tan bien que de vez en cuando ella le tendiera su abrazo y calmar esa angustia que lo persigue.

El sueño desciende del techo como finos granos de arena, cobrando peso a medida que se acercan al suelo. Lentamente van formando una playa hasta sepultarlo todo en una espesa modorra, él teme su turno y trata convertir en notas musicales el graffiti de paredes que aparecen a través de la ventanilla.

¿Cómo es posible que lleguen hasta aquí, que toda la pared esté pintada, es acaso el metro un lugar por donde se puede viajar sin necesidad de vagones, de estaciones y paradas inútiles?

Sus pensamientos se unen a la arena que empieza a cubrirle los pies. Busca la manera de acomodarse en otra postura para que la espalda le duela menos.

La mayoría de los pasajeros han cerrado los ojos, él recorre despacio esos rostros buscando alguna muestra de esperanza, algo que le señale una salida para no caer.

El hombre rubio del fondo, debe ser extranjero, podría apostar, los reconozco al instante, tienen la mirada asustada y no la despegan de los mapas y las guías, como si temieran perderse a cada paso, esos son los que más aplauden en el bar, porque no saben nada de Blues. Esos tres frente al rubio, chinos, o japoneses, es lo mismo, ya cayeron,

me gusta el ritmo de sus cabezas sincronizadas con el vaivén el vagón, sólo dormidos armonizan con esta jodida ciudad.

Esas mujeres del fondo siguen despiertas, la vieja gorda mueve los labios, estará rezando, tal y como lo hace mi abuela. Las mujeres negras, cuando son viejas, no hacen más que rezar y cantar por sus muertos y por los que pronto van a morir. Puedo escuchar el chasquido de su lengua entre los dientes, revuelve una y otra vez, ropa, comestibles y madejas de hilo en tres bolsas de Macy's de gran tamaño. La otra es una blanquita de mierda que no deja de leer, ese Irwin Wallace le puso el cerebro en aceite hirviendo y no se da cuenta.

El rojo intenso del vestido de la anciana contrasta con la piel casi transparente de la muchacha. Tiene el cabello liso y púrpura, los labios negros y tanto en la nariz como en la ceja izquierda, brillan dos arracadas de plata.

Esos dos rusos o polacos, a saber, que van sentados en el asiento de contra esquina, hacen esfuerzos como yo para no dormir, uno se come la uñas, el otro va mirando los anuncios.

A Lola le gustan los anuncios de la televisión, le dan ideas para comprar cosas, y sufre por lo que no tiene. Ella podría ser modelo, es alta, delgada y no es fea, a veces baila al pie de la cama, "Dime que no soy fea, verdad que no", y como va ha serlo si por eso la escogí en el Ligth Zone para bailar, movía las caderas cifrando un lenguaje conocido, atrayendo a los hombres con esas nalgas redondas y firmes. Se lo voy a decir cuando llegue a casa, que realmente es bonita, que le pagarían muchos dólares por los comerciales, podría ser esa muchacha que ve ahora anunciando una crema para la piel, o aquella que le invita a estudiar inglés o la de las panty super stretch o formar parte del cartel de Poetry in Motion:

Back on Times Square, Dreaming of Times Square

Let some sad trumpeter stand
on the empty streets at dawn
and blow a silver chorus
to the building of Times Square
memorial of ten years, at 5.a.m.,
with thin white moon just visible
above the green & grooking Mc Graw Hill offices
a cop walks by, but he's invisible with his music.

Lo repite una y otra vez, al ritmo de los círculos metálicos que giran frente a sus ojos, en sus oídos, se lo dirá a Lola cuando llegue y abrace su cintura para dormir.

Es un bonito verso, como tú Lola.

El timbre que anuncia el cierre de las puertas le abre los sentidos. Ya no hay nadie en el vagón, no sabe cuando se bajaron, tal vez se quedó dormido, mientras repetía el verso. Intenta enderezar la espalda y un calambre lo detiene, estira una pierna, toma aire, su mano derecha continua soñando, no la siente, se pone un cigarro en la boca.

Sería tan fácil encenderlo, ahora que no hay nadie, darle dos bocanadas para asustar definitivamente al sueño y apagarlo nada más entrando a la estación.

No tiene cerillos. Lola podría prenderlo con un beso, ella es capaz de encenderlo todo, a veces nada más con sonreír, pero él nunca le ha dicho eso tampoco, sólo la besa, la única forma que tiene para expresarle lo que siente es besándola, o tocando la trompeta, no le gustan las palabras, pero sería bueno conversar ahora con alguien, tejer una plática sobre el frío que hace o sobre la situación del país, cualquier cosa que lo mantenga atento para bajarse en la estación que debe y subir hasta el departamento seis E, comer el pollo que Lola ha preparado y después tirarse en la cama besando cada uno de los ladrillos negros que construyen el cuerpo de Lola.

Ella lo entendería, porque siempre lo entiende todo, no hace preguntas, mira el café

y cada vuelta con la cuchara le da una idea. Lola sí habla, sabe donde están las palabras y para que se usan, también escribe cartas para su jefe, a quien no cesa de mencionar cada que puede, y contesta el teléfono de 9 a 5 de lunes viernes. Lola sabe lo que se tiene que hacer, por eso debo llegar para decirle que la amo más que a nadie, más que a mi mismo.

Trata de vencer el sueño que proclama anticipadamente su victoria y repite el verso, lo dirá tal cual, para que Lola se lo aprenda también, ahora tiene las palabras justas para ella, con el dinero que le den por sus canciones puede comprarle cosas, esas que anuncian en la televisión y encontrar un lugar para hacer el amor sin temor a que alguien toque la puerta para pedir la renta del mes siguiente.

"Próxima parada, Times Square" está seguro de haberlo escuchado por el alta voz, es la siguiente parada, puede bajarse ahí y llamar a Lola por teléfono, para que no esté dormida cuando llegue, para que vaya calentando el pollo y puedan hablar y decidir que hacer juntos.

Echa la cabeza hacia atrás, su cuerpo está enterrado en la arena, humedece los labios que se han secado con la luz del sol de tungsteno, respira profundo y los ojos se le escurren con el líquido tibio que brota de la parte baja de su espalda. Gusanos metálicos lo rodean, corren a gran velocidad tratando de desintegrar el cuerpo que yace sobre un lecho de plástico naranja y amarillo, las paredes de fierro se van cerrando para formar el ataúd que lo transporta a través de los túneles, rodeado por un cortejo de personas de papel de todos los colores.

Por el centro del pasillo, se aproxima un hombre, la gorra de fieltro le cubre casi toda la cara, camina al ritmo de la música de sus audifonos, cada vez está más cerca, su mirada descubre el reflejo desenchajado de un rostro parecido al suyo: facciones africanas,

nariz ancha, labios gruesos, medias lunas sobre una piel negra, el pelo ensortijado rodeando al cráneo como si fuera musgo y una línea curva que atraviesa la frente amplia, piernas y brazos largos, desarticulados del resto del cuerpo. El hombre sigue su camino indiferente, a pesar de que una mano sin voluntad, intenta detener su paso. Se cambia al siguiente vagón en silencio, dejando que el eco de la música tome asiento cerca de la puerta de salida.

¿Qué voy a decirle a Lola? en el vacío no están las respuestas, sólo esas letras que forman el verso de Times Square.

Sabe que está dormido, su cuerpo ya no responde a sus órdenes, intentó moverse cuando pasó aquel hombre, levantar la mano articular una frase, pedir ayuda para no caer en ese abismo, pero no fue posible, ahora escucha la música que llega del fondo de algo que es un vagón, ¿o es Lola quien puso un disco y está bailando, moviendo las caderas para su jefe porque quiere un ascenso?

Lola quiere comprarlo todo, viajar una vez al año a Puerto Rico, tomar el sol y visitar a su papás.

Sí, es Lola la que está bailando mientras su jefe le acaricia torpemente las nalgas y besa su cuello dejando un rastro de saliva en la piel morena que se exhibe voluptuosa, moviéndose al ritmo de la música que tanto odia. Le resultó fácil hacer a un lado la rutina que ha compartido conmigo durante diez años. Abrió las piernas para disfrutar el sol que tanto extraña. Quiso gozar con ese extraño las caricias nuevas, olvidar el sabor del compromiso y los reproches porque no alcanza para nada, entregarse en silencio y no escuchar, después de hacer el amor, mi música, que sale de una trompeta gastada, a la que ella considera torpe y aburrida.

El tiene que despertar, bajarse a tiempo para no llegar antes y encontrar a Lola desnuda, envuelta como capullo por unos

brazos blancos, para no comer el pollo frío que ella cocinó para su jefe, para no tener que aprender estos malditos versos que tanto le gustan. Bajarse, deshacerlo todo y empezar de nuevo, como antes de ese viaje absurdo, como antes de cambiar el estuche de la trompeta por un cuchillo, como antes de cerrar los ojos por las lágrimas y el dolor.

Mirar el cuerpo de Lola sin el velo rojo que cubre sus senos dorados y alejar los gritos que se va mezclando con las puñaladas que él siente repetidas veces sobre el lumbar izquierdo, oír música estridente en su cabeza sin dejar de pronunciar ese nombre que ya nadie escucha.

Tiene que abrir los ojos, detener el líquido que se escurre por los asientos y que va formando el mapa escarlata de un mundo desconocido.

Bajarse en Times Square a tiempo, vencer el dolor y tocar, con notas suaves y seguras, el concierto eterno para Lola.

ESTANTERIA



CUENTOS PLATICADOS

Julio César Méndez

LIBROS DE LA MANCUSPIA

CUENTOS PLATICADOS

Julio César Méndez

Libros de la Mancuspia/Cuentos
Junio 1996

CELSO GARZA GUAJARDO HACIENDO HISTORIA



CELSO GARZA GUAJARDO, HACIENDO HISTORIA

Varios
Oficio Ediciones/Homenaje
Mayo 1996



EL VELADOR

Ramón López Castro

...pero en las normas divinas no hay limitaciones de plazo.
Robert Louis Stevenson:
"El Extraordinario Caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde"

Sales a hurtadillas por la puerta de servicio, con el deseo de fumar y el peso del encendedor en la bolsa del pantalón. Llegas a tu carro aún saboreando la opulencia de los pechos de Clara, quien dejó el luto en cuanto tu lengua se amoldó a las exigencias de la abstinencia. La dejas - al menos eso presumes - con sólo un vago remordimiento por hacer el amor a escasos meses de la muerte de su tío.

Siempre te ha parecido curiosa la cama en la cual fornicaste, toda ella eslabonada en caoba, con su baldaquín de gasa agitado por el ventilador de techo; ese cuarto lleno de resonancias de enfermo, con un tufo compartido que indica la presencia insistente del moribundo: lástima ver envilecido el aroma de las maderas finas, piensas al tiempo que volteas por el retrovisor para tomar la poca transitada avenida, con el regusto de medicina y sábanas desinfectadas. La última imagen del tío de Clara te llega: lo ves ya casi amortajado por las almohadas, dirigiéndote una mirada con cierto barniz benévolo; él le había pedido a su sobrina que fueras a visitarlo, siendo ésta la primer sorpresa de todas, ya que Don Ramiro se distinguía por la oposición perenne a tu relación con ella. Sin embargo, bien podía suponerse, como tú lo hicieras el día en que llegaste a su lecho y el te dirigió esa mirada tan ambivalente, que la salud quebrada y declinante lo ablandó, al grado de hacerle ve con buenos ojos al hombre que se haría cargo de su chiquilla, tal como él se refirió a Clara siempre.

La calefacción del auto no puede mantener desempañados los vidrios. Sientes una modorra repentina y prevés que no

tardará en convertirse en tristeza. Te gustaría estar entre las oquedades de Clara, no manejando de regreso al departamento que compartes con tus compañeros de la Facultad. En algún libro -acaso de tu padre- habías leído que el hombre es el único animal triste luego de copular, pero en modo alguno te parece justo terminar tan prometedora jornada en una depresión; no sólo has superado la castidad fúnebre de Clara, sino que llevas en tu portafolios la carta de aceptación que, una vez recibido, te permitiría acceder al puesto de maestro. También sigues extasiado con el encendedor, no tiene caso negar que del desconcierto has pasado a admirar la buena factura y el trabajo artesanal de tu inesperado obsequio. Así las cosas, decides enfilarte a un bar. Sí, solo, pues a nadie piensas llevar a tu pequeña celebración.

Al llegar al bar la lluvia ha cesado, pero del pavimento parece surgir una algodonada bruma que se cierra una vez que apagas el motor y los faros dejan de cortarla. Caminas sin detenerte a pensar en el repentino cambio de clima: de hecho no piensas en nada en particular, ni reparas en el curioso hueco que se abre en el cielo nublado al momento de trasponer la puerta de la cantina, mostrando una luna amarilla en plenitud. Aún suponiendo que por casualidad hubieras levantado la mirada, nada te diría esa luna, ni siquiera te era necesaria para recordar los ojos de Don Ramiro: basta con que sientas el peso del encendedor en el bolsillo para recordarlo.

Nada tiene de especial el antro al cual recurriste: las cornamentas de alces, ciervos, los fotogramas de perros jugando billar colgados en las paredes, el vaho del tabaco, los meseros que pasan trapos húmedos en cuanto se desocupa una mesa o algún espacio en la barra, tal como éste en donde acodado pides un jaibol. Encuentras en

tus uñas varios pellejos que podas con tu mano libre, y al poco rato de espera ya tienes enfrente unas palomitas rancias al lado del vaso. De pronto vuelves a sentir el deseo de fumar, postergado por tu costumbre de no hacerlo mientras vas al volante. Apuras un trago y llamas de nueva cuenta al barman, quien solícito te lleva la cajetilla. Llevas tu mano al bolsillo y extraes el encendedor.

Es sin duda costoso, de un metal que tú consideras oro por su brillo y peso; sigues intrigado por la inscripción que ostenta en su parte inferior, esas palabras en latín *noli me tangere* que has venido repitiendo en los momentos en blanco de tu mente, tratando de descifrar el significado, como si recitar la frase te fuera a producir un repentino conocimiento. Su forma rectangular es idéntica a los encendedores que están de moda, cubierto el mechero y la piedra por una tapa oblonga que al dejar al descubierto el mecanismo produce un agradable chasquido. Tú siempre has gustado de los cliques, tintineos o demás ruidos que producen algunas máquinas: te agrada el sonido de las teclas de una computadora, agradeces el chisporroteo de una llave cuando al girar deja la chapa con seguro, has aumentado tu dosis diaria de cigarros sólo para oír cómo tu dedo pulgar abre la caperuza y acciona el pedernal; el humo y la llama resultante te tienen sin cuidado, es el chasquido lo que te reconforta.

Precisamente ese repiqueteo metálico fue lo que atrajo tu atención a la plática aquella vez en que, luego de las preguntas y saludos de rigor, te sentaste al lado del lecho del tío, luego de que Clara los dejó solos en la recámara. Don Ramiro, rodeado de tubos que surgían de él, con esa diminuta tripa de plástico detenida en su nariz y su hilo de voz gangosa y equívoca, parecía un gran pez de ojos amarillos cubiertos por una película quitinosa, con labios morados en donde lejanos dientes a ratos se dejaban ver entre

los colores ocres de las encías. Nada de ello te provocó asco, ni siquiera repulsión al ver sus manos tomar brevemente las tuyas, como si se dispusiera a recibir de ti un saludo de político o pariente lejano. Pero sí ciertas náuseas te atacaron cuando te pidió que fueras a la cómoda y le llevaras un cofre de madera negra en forma de templo asiático - "un recuerdo del Japón", te explicó-, puestuviste que sortear algunos instrumentos médicos conectados a las mangueras y pasar por zonas cuyos humores dulzones eran la putrefacción que tu juventud te impidió reconocer. Depositaste el cofre y él de inmediato urgó en su interior. Saco de ahí un envoltorio de papel que al irlo abriendo fue revelando varias capas translúcidas, como membranas de un órgano viviseccionado expuesto a la luz. Mientras desembalaba el objeto, te contaba de sus experiencias en la abogacía, *usted que empieza, recuerde que el derecho no siempre tiene que ver con la justicia, la más de las veces, el azar es el nexo entre ambos* te decía, en tanto tú disimulabas pobremente tus bostezos, *nunca imaginé el detentar una suma, y está mal que lo diga, pero es una suma considerable de capital; aquí me tiene, con algo más que una posición acomodada para mí y la chiquilla -sus palabras te parecieron cargadas de evidente emoción al mencionar a su sobrina- pero ya ve, nada evita que el cuerpo se vaya al carajo: contra el tiempo y el diablo no hay alegato que valga.* En ese momento oíste el chasquido.

Hace rato que el barman pasa la franela por tu lugar; despertándote del ensimismamiento. Percatarte de que apenas has tocado tu copa te lleva un segundo. De un buen trago apuras la mitad y pides, con un movimiento de cabeza y una sonrisa, otra más. El local se ha ido quedando vacío, o al menos eso te parece, una vez que por el espejo donde se recargan las botellas observas menguar el número de parroquianos. De por

sí había pocos al momento de tu llegada. Por una de las ventanas de la calle se ve un parpadeo y la repentina oscuridad, enseguida vuelve la luz. Sin duda se trata de un poste descompuesto.

Vuelves a tomar un cigarro del apretado conjunto y llevas el encendedor al nivel de tu vista. El grabado que ostenta en uno de los flancos es fascinante para ti: representa a dos figuras desnudas, con ciertos rasgos orientales la cara de la mujer, quien gozosa recibe la penetración de un anciano de musculosa complexión. Juntos forman el símbolo del ying y yang, y cuando él te lo enseñó de inmediato lo advertiste: *parece el escudo de Corea del Sur*, te oíste decir, sin duda torpe y sin saber qué actitud tomar ante la mirada grave y la sonrisa lúbrica de quien te parecía hasta ese momento el principal defensor de la decencia mojigata que con paciencia habías empezado erradicar de tu novia, *lo acabo de ver en la tele, en un documental*. Hasta entonces él continuaba con la posesión del objeto de resplandor bruñido: tú sólo advertías los bajorrelieves eróticos que su puño casi cerrado te permitía ver; luego de tus comentario, displiscentemente, dejó que lo tomaras entre tus manos. Quizá estaba cansado de estirarse para que tú pudieras observarlo bien, lo más probable es que tus palabras lo convencieran de tu interés ya hipnótico en el encendedor -él mismo te instruyó brevemente en su funcionamiento, con lo cual el bienhechor clic se volvió a escuchar-. Las figuras encapsuladas en ese orgasmo de líneas buriladas te dejaron acariciarlas, mientras el viejo en el lecho te explicaba que era algo muy preciado para él -*me separé de él durante muchos años, y recién lo acabo de recuperar, pero nunca dejé de ser un amuleto de la suerte* - cuando tú le indicaste con mucha diplomacia tu creencia en los amuletos: había que cargarlos con uno y no perderlos. El respondió; *éste no, te lo*

aseguro: basta con recordar sus formas, su color y textura para que todo salga bien -anticipaste su acotación- en fin, no hagas caso, son las divagaciones de un enfermo.

Aquella noche le reiteraste tu impresión de que lo veías saludable y en franca mejoría: ahora, mientras acabas con el segundo jaibol y te empecinas en el tercero y en quitarle la ceniza al nuevo cigarrillo, tienes todo el tiempo para seguir estudiando las formas que fluyen, los vientres unidos por circulares canales que simulan vellos y arrugas, el gesto de placer inmemorial que abarca la cara del anciano, el remolino de cabellos bidimensionales que surgen de la mujer-geisha, la esfericidad de la estampa, recurrente en tu mente cada vez que posees a Clara. Ahora te lo confiesas: desearías provocar en ella el rictus de dolor y cabalgarla hasta llegar a los linderos donde el entumecimiento de los genitales insensibiliza a los amantes, convirtiéndolos en opuestos y unidos espejos cóncavos. *Como el ying-yang, como una violación*, piensas, deseando tener mejores palabras, frases de libros o giros intelectualoides con los cuales usufructuar mejor la voluptuosidad que te embarga cada que ves el grabado en uno de los flancos de tu encendedor. Tuyo.

Sí, te lo regalo... no es bueno dejar algo tan preciado a una mujer, algo tan pecaminoso, si disculpas la expresión. Entusiasmo al principio, luego una sombra de complicidad se apoderó de ti cuando Don Ramiro, el desdeñoso abogado, el jurista que no te consideraba aceptable pretendiente de su chiquilla, quien te sorprendía con citas en idiomas inciertos para exhibir tu cultura de memorización y de lecturas furtivas al Reader's Digest, él, en suma, te tuteaba. No sólo eso: te legaba un objeto para él de gran valor, pero que indica su rendición, el aceptarte como de la familia, el acceder tácitamente a someter a su sobrina a tu lujuria: ¿hará falta

un símbolo más evidente de tu asunción al trono vacante? ...*ah, y lo del amuleto es cierto; la superstición nada tiene que ver en esto, pues ésta se basa en la esperanza y de lo que hablo es certidumbre. Mientras no lo vendas, regales, cedas o prestes, el encendedor te dará suerte. No hay palabras mágicas ni jaculatorias para hacerlo funcionar. Si lo pierdes por accidente, sin participación de tu voluntad, al cabo de varios años o días lo tendrás de vuelta... sin detrimento de sus facultades.* Así, como dictando la cláusula de un contrato al amanuense, te definió los derechos y obligaciones que te correspondían en relación al obsequio. Muchas preguntas te quedaron en la cabeza, pero preferiste no hacerlas; intuías que en la letra pequeña del acuerdo alguna estipulación maliciosa, cierta vaga referencia, te perjudicaría. Si tuvieras afición por la mitología, hubieras pensado lo que Don Ramiro se divertía en recrear, casi inmediatamente de que tú te despidieras y cerraras detrás tuyo la puerta del dormitorio: en la escena donde Sémele, una mortal, le pide a Zeus que le haga el amor como se lo haría a una diosa; muriendo incinerada en el acto, pues el padre de los dioses utilizó un rayo para ello. Algo así, pero indefinido y sin sospechar siquiera la gorgojeante risa de tu rival de amores. Sí, el tío experimentó una pasión poco filial por Clara, nada extraño, si se toma en cuenta lo que es deslizarse no tan placidamente por la vejez y estar al lado de un cuerpo de poros abiertos, tonificado con la sexualidad boyante, joven. Al menos en eso reflexionaba Don Ramiro cuando un espasmo lo arrojó a la inconsciencia. Al otro día, te enteraste de su muerte al contestar la llamada de una Clara hipiente en sollozos. No experimentaste más que un alivio sofocado por el sepelio y cierta perplejidad al pensar en el encendedor o sentir su peso que presagiaba siempre el criqueteo del engranaje plácido dispuesto a entregarte una llama azul. Para

cuando Clara aceptó desabrochar los nudos del luto, una fuerte excitación te obligó a forzarla en la antigua cama de su tío y durante el clímax, en tu mente se representó la farsa en donde tú derramabas semen sobre los libros de cuero, baldosas, cantera, repisas, la casa entera, bajo la mirada complaciente de Don Ramiro, quien al compás de un plumero y portando un sombrero de copa, se dedicaba en limpiar los muslos de su sobrina amarrada de pies y manos sobre los barrotes de una cama de latón. Sin duda tu imaginación no es privilegiada, pero con el orgasmo siempre te surgen ese tipo de visiones estrambóticas, un mucho motivadas por tu consumo industrial de revistas y películas pornográficas, otro tanto por que el acto sexual te parece una réplica del movimiento mecánico que tanto admiras: el émbolo, los crujientes vaivenes de una rueda dentada, con grasa cubriendo todo hueco, las trepidaciones de un motor funcionando en tiempo, la liberación de un resorte satisfactorio: tú mismo te has comparado muchas veces con una máquina y esa clase de metáforas te producen gran placer.

Ahora que el bar definitivamente cierra sus puertas, pagas y recoges el rectángulo dorado que con tanta insistencia te ha visto el barman observar durante toda tu estancia; aunque él también vio el grabado obsceno de tu encendedor, no siente la hipnosis que te aqueja: está visto que sólo funciona para ti, y el conocimiento de tener una cualidad que te hace diferente a los demás te llena de orgullo. Al entrar a tu carro ya no te sientes con mareo; sí hambriento, pues apenas si tocaste la botana. Piensas dirigirte a un restaurante abierto las veinticuatro horas. No hay prisa. Vuelves a encender un cigarro y, sin soltar el encendedor, te recuestas sobre el asiento: piensas en tu intención de ser maestro en la facultad, por el propósito de halagar a Clara, más que por vocación, ya que ella tiene no sabes cuántas ideas románticas acerca del

apostolado de la enseñanza, de ver tu nombre como el de su tío, en portadas de libros de consulta y en los ficheros de librerías especializadas. A ti, que con trabajos llenas los machotes de demandas, ese posible futuro se te ofrece nebuloso. Pero los ojos de ella le dicen a tu instinto que el himeneo se terminaría si bruscamente rechazas sus sueños para contigo. No del todo convencido, te haces el propósito de continuar esa senda... quién sabe, quizá logres pericia en la investigación jurídica; después de todo, aún con sueldos bajos, algo de la alegría de instrucciones, de tener a tu disposición a treinta alumnos que piensan que tú tienes todas las respuestas, te hacen ver atractivo el ejercicio de tan diminuto poder. Y Clara, piensas al dar vuelta a la llave de ignición, es mía. Ni pensar en que me deje, o dejarla: ¿Dónde conseguir una mujer de su clase, con dinero y amistades decentes, que se deje coger y no sea puta? Al contrario, es conveniente adelantar el matrimonio.

Mientras tu auto se mueve lentamente a través de los cajones del estacionamiento, la luna se vuelve a entrometer con las nubes. El poste de la luz ilumina una calle vacía. Pisas el acelerador para superar la rampa y encarrilas el carro con un volantazo, demasiado violento para las circunstancias y que te hace perder el encendedor. Te agachas para recogerlo, luego de cerciorarte que la trayectoria del carro es cercana a la acera, pero no demasiado. Además, aún no desarrolla mucha velocidad. Ahí está, al lado del acelerador: estiras la mano al tiempo que con tu pie derecho intentas empujarlo. Adviertes que tus intentos provocan que oprimas el pedal demasiado. En eso la luz mercurial vuelve a fallar. Todo ocurre sin participación de tu mente y cuerpo, como si le estuviera pasando a otro y tú fueras un testigo ajeno al hecho, aunque algo interesado. La inercia hace a tu cabeza golpearse con el

reborde inferior del tablero: la sensación de pasar arriba de unas boyas te obligan a pensar que te has subido a la banqueta, por lo cual empujas el volante al lado para volver al arroyo, al tiempo que intentas ver por el parabrisas. Oyes un crujido blando y las llantas traseras brincan un tope. Aplicas los frenos y la humedad del pavimento hacen caracolear el carro unos cincuenta metros, hasta detenerse. El sabor salobre de tu sangre te confirma lo que adviertes en el retrovisor: con un clínex restriegas la herida de tu frente. Pones la palanca de la transmisión en parking. Te asomas por el mismo espejo para ver en definitiva contra qué chocaste, ya que el bordillo de la acera se encuentra a tu lado derecho. Adviertes, cuando la luz amarilla vuelve a parpadear, que el cuerpo humano tirado en la calle, con sus extraños ángulos y depresiones, no se mueve. Tus piernas se niegan a llevarte hasta tu víctima. Desechas con rapidez la idea de ir a proporcionarle ayuda: sabes que no soportarías su cara acuosa, inmóvil, o las imprecaciones de dolor y reclamo. Sientes una humedad creciente en la entrepierna. Cierras los ojos y los abres sobresaltado cuando unos golpes en la ventana del conductor te reclaman. Al bajar el vidrio, te encuentras con la mirada enbufandada de un velador: ¿Qué otra cosa podría ser, con esa gorra militar sin insignia, la chaqueta verde botella, la lámpara cuyo haz husmea sobre la carrocería para luego perderse en aquello que dejaste atrás, sus ojos cruzados de vetas rojas, sin duda efecto de muchos desvelos.

Sí, sí, bueno, ¿Qué tenemos aquí? - lo oyes decirte, con cierta sorna en su voz- Lo atropelló patrón, sí, sí, tremendo fregadazo, ha de disculpar, sí, me lo afiguro ya tieso.

Te deja y por el retrovisor lo ves acercarse al bulto de ropas que creíste un cuerpo: ¿Y si no lo es?; hay muchas bolsas para basura en los alrededores, ¿un perro de

buen tamaño, ya encogido por el impacto de la defensa, no parecería una persona?, ¿y qué decir de las llantas, sacos de cementos, en fin, la basura de una ciudad grande haciendo su aparición de una manera inoportuna? te dices, al tiempo que crece la imagen del velador al acercársete. *Pobre compa, ni remedio de llamar ambulancia: ya estiró la pata, quedo madreado, pero sí se le alcanza a distinguir: era el cantinero de un bar aquí a la vueltecita.*

Tus ilusiones desaparecen de inmediato. Ahora el escenario es el mismo: la patrulla, el aliento alcohólico, o más que eso, si hacen un examen, la cárcel. ¿Cuántos años son para el homicidio culposo? Retribuir el daño moral a los deudos, los flachazos de periódicos vespertinos, las amistades de Clara y ella misma, la muy puta, comentando con saña esas fotos, las recriminaciones de parientes y tu fama de borracho sin redención. No, alguna salida debería existir: la noche encapotada, bruma para ocultar tu huida, y con suerte una encubridora lluvia ya al amanecer, pues en la tele habías visto que a partir de la marca dejada por los neumáticos podían rastrear el automóvil delincuente. Sólo quedaba el testigo, claro.

Le empiezas a hablar con un remedo de voz serena, platicándole de tu calidad de estudiante, tu falta de dinero -la antigüedad y estado de tu coche brindan verosimilitud-. Hay poco tiempo para tornar a un seguro delator en posible cómplice, en "compa". Corres con suerte, pues el velador no parece haber hecho migas con el difunto, aún cuando lo conocía. "El muy cabrón, que Dios cuide su alma, me sacó una vez a empujones del local... ¿a poco uno no puede tomarse unas copas, digo yo, sin embriagarse, nada más para mantener el cuerpo a gusto a la hora del perro, que si viera usted cuánto frío hay en la construcción". Tampoco van a pasársela departiendo amistosamente hasta que claree

el sol. Aprisa, pues; debes empezar a llorar asustado, despertar su compasión, balbucear, prometer... una ayuda, algún premio por el silencio "usted sabe como está la situación", ya lo tienes: como a los jueces y actuarios que has comprado en tu escasa experiencia en litigio, ya sabes que esa frase es santo y seña para los arreglos deshonestos. Sacas tu cartera y observas con horror que el dinero se lo entregaste a aquel que mataste, para pagar la cuenta. Ni la tarjeta de crédito traes. Incómodo observas la mirada del velador y adviertes su desencanto cuando le informas tu falta de recursos. Juras que al otro día le traerás lo convenido, pero los rasgos que dejan libres la bufanda son hoscos: ya presagian la delación. Huir de nada serviría, pues el otro ha tenido tiempo para observar los datos de la placa.

Oiga, y eso que brilla, ¿qué es? te dice, señalando al interior del carro. Es el encendedor, qué otra cosa podría ser. Una idea te impide hablar: te agachas, ahora sin problemas, y se lo entregas. Acaricias cada momento de la contemplación que el velador hace del objeto. Me gusta te dice, y le aseguras que es de oro, muy fino, vea el grabado, ¿bonito, no?, treinta o más, todos lo que tu ansiedad aumentan, quilates. Una joya... buena para empeñar; aunque está muy elegante, de categoría. Se ve que le ha de haber costado mucho, pero tú en el acto, para mantener el libreto del estudiante-necesitado, le dices que fue una herencia; algo de verdad para sazonar la impostura. Haces el ofrecimiento final: Se lo regalo señor, para que vea cuánto le agradezco que me eche la mano. El te responde con un gruñido de satisfacción, que te hace completar la oferta, luego le traeré otra ayudadita, para que no se mortifique por este asunto; usted me dice dónde lo busco y cuándo. Su atención sólo conoce al encendedor, casi como si le molestara tu presencia, te dice que no hay

problema, que por aquí trabaja en las noche "y en las tardes, luego de dormir, me la paso haciendo de todo por el rumbo, tengo un cajón para bolear a unas cuadas... no se preocupe, joven, que de mí nadie sabrá nada. Total, un muerto así, por una desgracia, pues todos los días ¿no?". Le reiteras que lo buscarás luego: él responde ya alejándose, a punto de ser tragado por la niebla: *si no yo te busco, tate sin cuidado* ya con el tuteo del camarada.

Manejas despacio y viendo a cada momento por el retrovisor, oteando por posibles perseguidores. Ya el sol disuelve las nubes bajas cuando llegas al departamento y luego del regaderazo post parranda, luego de restregar el jabón en tu cuerpo con fuerza, para quitarte las escamas del miedo, te dejas caer en tu cama. Antes del mazazo del sueño recuerdas el "yo te busco" del velador, y pensando que es un aviso de reiterado chantaje, decides ir a buscarlo para dejar las cosas claras con él. Si pretende explotarte, de alguna manera te lo quitarás de encima, como cuando te lavabas en el baño y viste la espuma desaparecer en remolinos por la coladera, e imaginaste que era el cuerpo del cantinero, dejando tu vida por la puerta del pasado.

Dejarás pasar todo un día antes de atreverte a salir. Ya habrás leído la nota roja en busca de tu atropellado: ninguna crónica lo mencionará, lo cual te llevará a especular sobre un posible robo: el velador busca entre las pertenencias del muerto, encuentra cartera e identificaciones y lo despoja de ellas, ¿mueve el cadáver a un callejón para simular a un borracho víctima de congestión?, ¿es tal el poder de convencimiento del encendedor o futuros premios? Envuelto en tales dudas, saldrás para encontrarte con el velador. No tendrás éxito: por el rumbo donde él supuestamente trabaja de bolero ninguno lo conoce, no tiene cajón fijo; a caso es de los que llevan su cepillo y grasa en descansa-pies portátil, acomodándose en diferentes

esquinas o bocacalles cada día. Renunciarás a la pesquisa luego de visitar las cinco construcciones de los alrededores, ya que en ninguna te darán noticia de él. De la desesperación pasarás a la esperanza y resignación, luego al cinismo.

A los seis meses del suceso contraerás matrimonio con Clara: el fino papel de las invitaciones, los tres manteles en las mesas de los invitados, el soliloquio de los amigos y conocidos, el cuerpo de ella y el acto ya revestido de un carácter legal, como si ostentara un sello; todo confabulado para provocar un olvido bienhechor. Experimentarás un tiempo con la docencia para luego abandonarla por incosteable, por no estar a la altura de los gastos necesarios para alimentar tu naciente prepotencia. Habrás de administrar el despacho del tío, te apoderarás de sus relaciones, comerciarás con los datos dejados por tu antecesor, llevando el chantaje a pastar por encima de tus rivales, para luego ordeñarlos según tus conveniencias.

En el nivel consciente de tu mente tendrás siempre un cubículo aherrojado en donde dejarás morar tu remordimiento, la duda por no haber encontrado al velador, la conciencia del crimen perfecto. Tu osadía se verá reforzada por esa precisa noción de tu invulnerabilidad. *He engañado, dejé sin auxilio a otra persona, le arrebaté con mi distracción todo cuanto tenía o podría tener: ¿a santo de qué, entonces, preocuparme por mis inquinas diarias, si ofendí a Dios y salí exonerado?*, te repetirás en las noche en que ni el sexo joven de las mujeres compradas ni el abrazo de los edredones te quiten el insomnio. Pero tu insolencia secreta llegará aún más lejos: luego del divorcio con Clara -inevitable, con los ya hijos independientes, lejos de la casa- te enfrentarás a la llanura del aburrimiento. Las prostitutas jóvenes nada saben de ti, de tus logros; a quienes podrías presumirlos, tus colegas abogados o clientes, empiezan

inoportunamente a morir o a irse de la ciudad a sus casas de campo, sin contar aquellos quienes preferirían no tenerte por compañero de profesión. Sí, dejarás muchos desaires y ofendidos en tu asunción como hombre respetable... pero te darás ánimos, pues nunca has sido sentimental. Reconocerás, sin embargo, que necesitas de un lugar propicio a tus ansias ya no de amistad, sino de tener un público al cual asombrar, desplegando todas las luces de tu plumaje de pavorreal viejo. Descubrirás que el bar donde pasaste aquella celebración afortunada -la recordarás como *el momento decisivo en mi vida*; así, con esas palabras que te han aleccionado los libros de superación personal-existe y sigue dando su servicio para trasnochadores, a despecho de los reglamentos del municipio. Empezarás a frecuentarlo, y sentado en el mismo lugar de siempre, harás un recuento de tu carrera: no has dejado de compararte con una máquina bien orquestada, pero tus actos están más emparentados con el reino animal. Te verás, en el espejo donde se siguen apoyando las botellas y copas y en tus rasgos crearás encontrar algo furtivo: en realidad te identificas más con un depredador, un lobo que va orinando a los demás para marcar su territorio. Ahora que, viéndolo bien, los lobos son monógamos y nada más inadecuado para describirte... la lealtad, en estos años, no ha sido tu fuerte.

Los jaiboles te harán torpe la lengua, por lo que dejarás transcurrir el tiempo en silencio. Tus compañeros en la barra dejarán de insistir en oír tus narraciones de juicios y putañerías. Repentinamente te encontrarás añorando el encendedor que creías perdido en los meandros de la memoria. Como la proa de un barco apenas a flote entre la tormenta, surgirá intacto en sus brillos dorados, en su universo rectangular del grabado que representa el ying-yang vía una cúpula eterna.

Su chasquido te inundará los oídos con precisión de metrónomo, marcando la cadencia de un baile, vals iluminado por cientos de diminutas llamas azuladas en donde una lluvia de cigarrillos, habanos, pipas se incineran para luego perderse en el humo.

Te parecerá imposible que hayas pasado estos años sin el encendedor. Levantarás la vista para echar una ojeada alrededor: te ha pesado la soledad del recuerdo y es necesario encontrar a uno de los teporochos que suelen tragarse cuanta historia les avientas. Recorrerás con los ojos el local, con sus cabezas de animales disecadas en el grito de horror último, los fotogramas de perros vestidos de traje que juegan desde siempre billar, las mesas vacías, con el rocío de las jergas pasadas a toda prisa por los meseros. Tu audiencia se ha ido. Llamarás al barman para liquidar la cuenta. Te entregará un papel garabateado; sin consultarlo, extenderás un fajo de billetes. No sin trabajos caminarás para trasponer la puerta. La oscuridad de la calle y cierta bruma te inquietarán: al consultar el reloj te darás cuenta que no es tan tarde, bien podrías ir a un sitio de taxis cercano -habrás despedido al chofer por ser él quien informó a tu ex de tus correrías nocturnas y ahora la flojera te habrá decidido a tomar taxis- e incursionar en la casa de citas más cercana... o bien podrás dirigirte a un garito donde todavía habrá gente dispuesta a escucharte, gente de tu nivel a quien nada le preocupa gastar fuertes sumas en el bacará o los gallos.

En eso entretendrás tu cerebro mientras, con paso negligente, caminas a ratos por la banqueteta y por la calle. Encenderás un cigarro y la luz del cerillo -nunca tuviste más encendedor que aquel- se convertirá en la única iluminación al tiempo que la lámpara mercurial parpadeará hasta apagarse. Sentirás un fuerte golpe en tu cadera y un peso que nunca habrías podido imaginar que

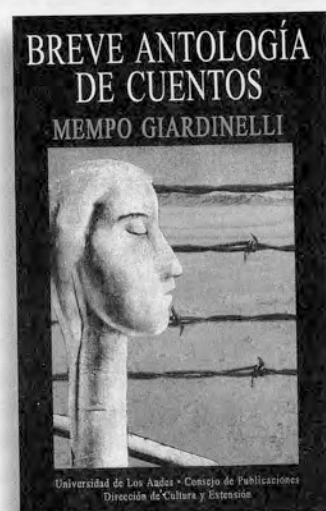
existiera te envolverá para luego dejarte a la deriva. Ahora estarás en el suelo, en un ángulo que casi es bocarriba, sin aire... o más bien: el aire se habrá convertido en un espeso aceite que amenazará con ahogarte. Intentarás ponerte en pie. Al fracasar, también serás consciente de que no podrás hablar ni siquiera en voz baja, menos para pedir auxilio; todos tus intentos de ayuda no alcanzarán a enturbiar la niebla que te va cubriendo. El dolor lo percibirás como el sonido del tictac de un reloj envuelto en algodón de aspereza lejana. De tus sentidos, sólo el oído seguirá sintonizado, incluso más preciso que antes: con él alcanzas a percibir los pasos de alguien que se acerca. Espera, aún no te han levantado los camilleros, todavía no puedes ostentar tus influencias para que te lleven a un hospital de inmediato, ninguna sirena percibes. Ahora verás una persona, de pie, a tu lado. Si tan sólo pudieras girar la cabeza para ver su cara; sería posible, ya que la luz ámbar ha vuelto. Sin embargo, para tu desesperanza, verás como su cuerpo se agacha para estar a tu nivel. Sus manos enderezarán tu cuello con delicadeza pero el dolor resultante te dejará a punto de perder el sentido.

El, consciente de ello, no te tocará por un rato. Podrás enfocar tu vista con calma en el rostro impreciso que tienes enfrente.

El Velador, entonces, te susurrará unas palabras: *noli me tangere*; casi con vehemencia en su pronunciación, como si fueran advertencia y reproche al mismo tiempo. Su bufanda se abrirá, dejándote ver un rostro conocido. Abrirás la boca invocando un grito que nunca llegará. El depositará en una de tus manos un objeto de frialdad metálica: no hará falta que tus ojos te confirmen

los surcos del grabado que recorren tus dedos y los resplandores del oro en el cual está hecho el encendedor. Ahora que lo has recuperado, puedes ir olvidándote de todo plazo, cita, vencimiento: todo el universo se ha tomado un respiro, para que tu estés solo con esa sensación de seguridad y calor que reposa en tu mano. Antes de la oscuridad húmeda que te empieza a cubrir, aún tienes diez segundos para observar la luna amarilla enseñoreada entre las nubes.

ESTANTERIA



BREVE ANTOLOGIA DE CUENTOS
Mempo Giardinelli
Universidad de los Andes
Mayo 1996



VEN POR CHILE Y SAL

Gabriela Riveros

A Mariana no la volvimos a ver. Ahora guardo la imagen de su rostro; me acompaña como un sueño injertado a la vida diaria. Cierro los ojos y huelo aquella nostalgia que por instantes se transforma en vértigo, en miedo a perderme en mis entrañas, a no ser yo la que escribe ahora. Todavía en ocasiones percibo su mirada; se desvanece entre el eco de autos distantes y los peatones. Vuelvo a escuchar aquellos sollozos de papá y mamá; experimento una parálisis interna al recordar el tiempo en que permanecemos juntos, meditando su ausencia.

Nos sumergimos en un letargo que nos llevó a ignorar el ruido que hace el día cuando encuentra a la noche en su ardua persecución. Contemplamos el diario de Mariana, la foto en que aparece con los zapatitos azules y el sombrero de papá, sus muecas lejanas, ahora diluidas entre charcos de lágrimas. A veces creo que mis papás enterraron su pena a través del tiempo y que ahora guardan un recuerdo transformado a fuerza de repasar tantas historias que les contaron a los parientes.

Octubre 14, 1990

Otra vez estos insomnios. Además, en el poco rato que duermo, tengo un montón de sueños extraños que no me dejan descansar. Soñé con un hombre que parecía indio. Vi unos ojos inmensos pegados a mis párpados, intenté abrirlos, pero el hombre susurraba cantos que me sumergían en aquel mundo; en el sueño yo estaba segura de que su aliento con olor a peyote me adormecía. Me dejé arrastrar entre letanías monótonas. El hombre tenía todo el cuerpo tatuado. Contemplé los dibujos sobre su piel y me sorprendí al encontrar mi nombre escrito sobre uno de sus costados.

Quise correr, pero sólo conseguí hacerlo siguiendo una trayectoria circular. El indio me miró con ojos hechiceros. Sentí las piernas cada vez más pesadas; sólo pude arrastrarme. El indio caminó lentamente hacia mí, extendió sus brazos mientras yo me estremecía bajo su mirada y tocó mi frente. Después, alguien vino a tomar mi mano. Era Marta, aquella criada que tuvimos hace muchos años; me decía: "Ven, ven por Chile y sal." Me sentí aliviada, no comprendí el significado de aquellas palabras, pero ya no estaba sola. Le pregunté hacia dónde nos dirigíamos, pero ella sólo volvió a mencionar: "Ven por Chile y sal". Me condujo hacia una fogata. Alrededor de ésta se juntaron un grupo de hombres, tatuados de igual manera que el indio que había visto antes. Provenían de distintos lugares. Cubrían parte de su rostro con cabelleras largas. Fingieron no verme y se sentaron formando un círculo alrededor del fuego. Entonces se acercó un viejo tocando un caracol, algunos suspiraron. Vi como la luna se reflejó en su dentadura, cómo destellaban aquellos ojos en los que algún dios olvidó trozos de onix.

El viejo comenzó a narrar; así transcurrió toda la noche. En un principio intenté descifrar su lengua, pero me distraje observando la piel húmeda de aquellos hombres; vi cómo en ésta se reflejaban las sombras que salían del fuego, retorciéndose entre los tatuajes. El calor de la fogata me quemaba las pestañas y el cuerpo. Lo más extraño fue que, poco a poco, comprendí las historias que contaba aquel hombre. Narraba los orígenes del mundo, las hazañas de guerreros, la venida de un ser especial, les hablaba del sol y la tierra, de poderes y privilegios... Así permanecieron toda la noche, sentados, inmóviles, escuchando con la

mirada fija y las manos sobre los muslos. Aquella noche sentí deseos de recorrer el mundo guiada por estrellas y por un dios que construye el universo a la par que sus hombres. Mientras el viejo movía los labios me quedé dormida.

Después de la desaparición de mi hermana, la casa se llenó de comadres y de científicos miopes. Las noticias en los periódicos crearon una novela por entregas para los regionales; muchas personas resultaron "ser parientes nuestros". Durante esos días vino también el velador de los vecinos, don Chucho, a quien conozco desde niña. Mire güerita, yo no quiero asustar a sus papás, ya sabe con eso de la pena no están pa' historias de brujas. Pero a mí se mi hace, que en todo esto que le sucedió a la hermana de usted, está metida la criada aquella que tuvieron hace muchos años. Yo la vi, niña, con estos ojos ora viejos, ustedes estaban así de chiquitillas y me acuerdo que las llenaba de miedo con sus historias, a ustedes y a los niños de la señora Paty, mi patrona. Esa vieja tenía una mirada muy curiosa, su cara era igual a la de una india que andaba en mi rancho cuando yo era chico; aquella mujer era bruja; según decían, nadie sabía de dónde venía. Mire güerita, no crea que le digo mentiras, yo nomás le digo lo que sé, porque a mí nadie me quita que esa vieja regresó por la niña Mariana. Además, cuando no li hacían caso, osea usted me entiende, en lo que ella ordenaba, les gritaba rete feo: "¡Ora verán, si no me obedecen me los como!" Pos no es que yo quiera llenarla de miedo, niña, pero esa costumbre de comerse a las criaturas, según contaban las gentes, es de los indios diantes, de los rayados que andaban por acá, por las rancherías.

Mariana comenzó a tener pesadillas. En las primeras ocasiones sollozaba dormida,

hablaba... decía algo acerca de un pájaro. Yo veía cómo movía los brazos, extendía los dedos; me acercaba a su cama para despertarla. Abría los ojos tras un sobresalto. Después permanecía quieta con los párpados entreabiertos, tratando de hilvanar sus sueños para anotarlos más tarde en un diario que conservó a partir de entonces.

Octubre 25, 1991

Parece que llevo otra vida dentro; descubro vestigios poco a poco, recupero eslabones de otra historia. Las últimas dos noches he visto el rostro de aquel indio con el que soñé hace como un año.

Cuando logro conciliar el sueño siento que estoy atrapada dentro de un mundo oscuro que se comprime; intento moverme, pero sólo consigo estremecerme. Entonces vuelvo a ver los ojos del indio, procuro en vano salir de ese mundo. Me someto a los mareos que me causan sus tatuajes y el olor a vinagre con sal.

Más tarde, vuelo sobre llanuras pardas, el viento me acaricia el cuerpo. El brillo del sol que ilumina el arena se interna en mis ojos y me deslumbra a ratos. Sigo volando hasta percibir murmullos de oraciones y letanías.

Quiero descifrar su significado pero ello me paraliza los brazos, el cuerpo entero. No puedo seguir en el aire, me invade el vértigo y una ceguera que inmoviliza al paisaje. Caigo. Ruedo por el cielo.

Estoy sola, desapareciendo entre el canto de las chicharras y el atardecer cobrizo. Tengo miedo de sólo ser el sueño de ellos.

Dígame Don Chucho, cualquier cosa que recuerde sobre aquella mujer; cuénteme porqué creé usted que era bruja. Ay niña, pos verá, desde unos días antes de que ella viniera a pedir trabajo a su casa, apareció una lechuza en el fresno que está afuera de la cochera, y pos allí se estaba todo el día

mirándolos a ustedes, con sus ojotes amarillos, chillaba rete feo. Mire, con decirle que su mamá sacó la escoba y la espantó, y pos no creé usted que al día siguiente llegó la india aquella. Pos uno no quisiera creer en esas cosas y menos en estos tiempos, pero pos ya vé cómo es la gente de los ranchos, y pos allá donde yo nací, la verda es que sí se cree en esas cosas. Orita todavía se dice qui hay brujas. Esas mujeres se convierten en lechuzas, otros dicen que en cóconos, y así, pos cuando alguien ve una lechuza, se rezan las Doce Verdades del Mundo haciendo los nudos en el cordón. Ora, no vaya usted a creer que le digo mentiras, pos ya ve, eso lo cuentan las gentes de mi pueblo, yo nomás le digo esto porque pa mí que la vieja aquella era una de esas. Bueno, ya que se rezan las Doce Verdades, alguien que las sepa, porque no crea usted que todos le saben al rezo, la lechuza se cae y es capturada, y pos luego casi siempre se convierte en mujer y ruega paque la dejen ir, diciendo que ya no hará mal a nadie.

Durante la última temporada que Mariana estuvo con nosotros permaneció encerrada en su cuarto; incluso dejó de ir a la universidad. Se transformó en una muchacha flaca y meditabunda. Ocupaba gran parte del tiempo apuntando sus sueños, así se sumergía en unos letargos que duraban semanas enteras. Vestía el mismo camisón todo el tiempo, se volvió una visión de carne y hueso que deambulaba por la casa tratando de descifrar enigmas. Mis papás buscaron ayuda en médicos, sacerdotes, psicólogos... pero todos se alejaron, unos encogidos de hombros, otros pronunciando sentencias.

Hablaban con Mariana sin dificultad porque nunca presentó síntomas de demencia. Cuando alguien platicaba con ella, daba la impresión de que ella era quien aconsejaba; permanecía sentada, tranquila,

con los dedos entrecruzados, el cabello despeinado y su rostro pálido. Su mente se mantuvo al margen de todos los síntomas que le atribuyeron. Más bien parecía como si Mariana hubiese tenido que madurar de un día para otro y sólo se dedicase a ello, meditando entre el polvo de libros y sueños. Lo que había cambiado en ella era su apariencia; algunas veces llegué a pensar que Mariana ya no existía y que aquella mujer demacrada no podía llevar mi sangre.

Marzo 17, 1992

Arrastro mis pies de niña, soy parte de la tierra y comulgo con ella. Caracoles y flautas me toman de la mano, la vieja criada ríe a carcajadas mientras yo sólo tengo tres años. ¿Por qué volver a ser niña? Me agota atravesar el polvo, el olor a fuego de esta danza eterna; pero ellos así lo han querido.

No siempre bailo para ayudar al sol en la batalla que tiene por las noches contra sus hermanas, las estrellas del Sur; él triunfa gracias a nuestra ayuda y la de los guerreros muertos; vence a sus hermanas para salir al día siguiente. Nosotros debemos guardar este orden, porque así lo referían los abuelos y las abuelas.

A veces también me encargo de traerle chile y sal al indio viejo, al del caracol, para que siga narrando historias, para que sus ancestros le den sabiduría desde allá arriba.

Los mezquites alargan sus vainas hasta la fogata y allí doran sus huesos. Además ayudo a construir la presa. Los hombres y mujeres me conducen hasta un montículo de arena; Marta siempre va conmigo... "No tengas miedo, nunca morirás, permanecerás emparedada porque así lo requiere el señor del sustento, y sólo cuando peligre la presa gritarás..." El indio viejo me da peyote, frota mi pecho con chile y sal. Adormece mi cuerpo, su rostro se reproduce infinitamente y los gritos del pueblo me aturden. Intento salir de mi cuerpo y me

sorprendo incrustada en un muro que se va levantando.

Toda la llanura se ha cristalizado en su lenta agonía bajo el sol. Quiero gritar, pero mi garganta seca no responde. Los indios siguen construyendo los muros de la presa sobre mi cuerpo; ignoran los restos de la niña mutilada, me veo desangrada pero no siento dolor. La tierra va quedando muda mientras yo me fundo entre el arena y los adobes; lo último que veo es este sol de mediodía que va borrando todo, hasta volcarlo en el vacío. Mi mente comienza a dar vueltas, no sé si soy Mariana o una niña muerta, sacrificada para hacer la presa. ¿Quién soy ahora? ¿La esperanza de un pueblo? ¿El sueño de mi muerte? ¿Cuál muerte...? "La niña Mariana murió... construyan la pared sobre su cuerpo... ella sabrá llorar para avisarnos la destrucción de la presa..."

Don Chucho me contó sobre algunas de las costumbres de los indios que hubo aquí en Nuevo León. Era difícil creer que mi hermana soñara con ellos. En esta ciudad, fundada por judíos y poblada por un mestizaje moderno—como todo en ella—nadie habla de indios. Pero ahí estábamos, don Chucho y yo, repasando las historias que algún día le narraron sus abuelos. Con esa madeja de historias siento a Mariana cerca. A veces me sorprende hilvanando sus pestañas, tristeza y mitos de raíces tan profundas, que suelen pasar desapercibidos.

Mire, yo nomás le digo que esta ciudad presume de ser industrial y de primermundista, pero, pos luego se les olvida que apenas hace cuarenta años Monterrey se llenó con gente del campo; eso nos trajo una mezcla de gentes y pos uno ya no sabe ni quienes son sus vecinos. Allá por ónde yo vivo, en aquellas colonias se aparecen brujas y caminan por los techos, lloran refo. Mire que a mi vecina le mataron un hijo. Dicen que un día vieron

una lechuza volando, luego que rezaron las doce Verdades del Mundo; amarraron los nudos y se cayó el animal. Allí lo iban a matar, pero antes mi vecina le arrancó una pluma, y que se convierte en mujer. Una mujer sin oreja, vaya usted a creer... de seguro era bruja, maldijo a mi vecina por dejarla sin oreja y le mató a un hijo. Sabe Dios pa'qué lo querría, dicen que se comen a las gentes. A esas brujas, en veces las llaman pidiendo chile, ¿usted dirá? El chile es algo así como poderoso, porque se parece al fuego, lo usan pa' curaciones. Ellos dicen que las brujas se van y vienen por el chile y la sal, a veces también por el peyote. Osea que para los indios que había acá, también el peyote era sagrado, y pos en los ranchos todavía hay descendientes directos de estos indios. Yo cro por eso mezclan la brujería con sus mismas costumbres dantes. Luego estas gentes se vienen acá, a la ciudad. Se me figura... algo así, cómo le diré... como si esta ciudad escondiera a un indio en sus entrañas.

Mariana se dedicaba casi todo el tiempo a observar los retratos de la familia y a escribir en su diario. Un día me llamó: —Mira, yo sé que ha sido muy difícil para ti y para mis papás toda esta situación; la verdad es que para mí también, pero ya ves, a todo se acostumbra uno... He seguido soñando con ellos, se me hace que no voy a estar aquí durante mucho tiempo...

—¡Cállate! Ni se te ocurran esas cosas. Está bien que sueñes con esos indios, pero... una cosa son tus presentimientos y otra cosa es la realidad. Todo volverá a ser normal, ya verás. —No estés tan segura... Mira, como sea, yo quiero regalarte los libros que me dio el abuelo. Quiero que tú los tengas.

—Mariana, yo para qué los quiero. No me estés dando tus cosas como si fueras a irte. Mira, a lo mejor lo que necesitas son unas vacaciones lejos de aquí, podemos ir a la

playa este verano, verás como te mejoras. Sí, mira...

—Estoy bien, no te preocupes. No creo que se le pueda hacer algo ahora. Ya son casi dos años de que empezó todo esto.

Me quedé con los libros, a mis papás también les dio cosas suyas. Para entonces, la única en la casa que permanecía tranquila y sonriente era ella. Ahora tenía el cabello casi hasta la cintura y estaba más delgada que nunca. Una de esas noches yo también tuve un sueño: abría los ojos y veía a Marta sentada sobre mi cama acariciándome la cara. "Tu hermana ya se va a ir... Yo me la voy a llevar cuando vuelva la luna llena. Tiene que cumplir un deber que le asignaron hace muchos años... de ella depende el futuro de mi pueblo." Desperté y así permanecí hasta el amanecer.

Al día siguiente salió el sol desde muy temprano. La visión de la noche anterior me causaba un piquete en las sienes. El día transcurrió de prisa. Durante la tarde ardió el cielo mientras el sol se ocultaba tras La Huasteca. Las rocas y sus grietas imploraban un último deseo a las nubes grises. Sus ecos violáceos se perdieron en el cielo al caer la noche.

Surgió una noche pálida inundada por el resplandor de la luna. Yo leía en mi cuarto cuando me sorprendió un ave. En el fresno que crecía hasta mi ventana vi a la lechuza. Sus ojos eran los de Mariana. Salté. Recorrí la casa buscando a alguien, pero estaba sola... Mi mente reproducía voces, respuestas insólitas a tantas preguntas que surgían. Llegué al cuarto de Mariana escuchando mis pisadas, como si el ajetreo aminorara mis presentimientos. Con un tambor en la frente y masticando ojos de lechuza, toqué la puerta, pero mi hermana ya no contestó.

Abrí. Su cuarto se encontraba plagado por un olor a mezquite que se impregnaba en

las paredes calientes. La ventana estaba abierta; allí también murmuraba la lechuza. Me observaba con su mirada amarilla, con los ojos de Mariana mientras yo abría el clóset, los armarios, el escritorio...

¡Ay Mariana, no nos hagas esto... Comenzó a gritar; retumbaron los graznidos en mi frente, entre los chillidos adiviné la voz de antaño... "¡Ven por chile y sal...!" Quitate animal... tú sabes algo de ella... La lechuza dio una vuelta completa a su cabeza; seguía gritando. Dime dónde está Mariana... "¡Ven por chile y sal...!" Me senté sollozando frente a la ventana. Allí, detrás del ave, la luna custodiaba la ciudad.

A Mariana no la volvimos a ver.

ESTANTERIA



RETRATOS DE UNA BURGUESIA

Josefina B. Longoria
Ediciones Castillo/Relatos
Marzo 1996

LOS REOS DE ESTE NUMERO

David Toscana Videgaray

Monterrey, N.L. 1961. Ing. Industrial.

Participó en 1994 en el International Writers Program de la Universidad de Iowa.

Fue Becario del Centro de Escritores de Nuevo León 1991-92

y del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en el género de Novela.

Ha publicado Las Bicicletas y Estación Tula.

Patricia Laurent Kullick

Tampico, Tamp. 1962.

Becaria del Centro de Escritores de Nuevo León 1989-90.

Ha publicado los libros de cuentos Esta y Otras Ciudades y Están por Todas Partes.

Su libro El Topógrafo y La Tarántula se encuentra en prensa.

Sabina Patricia Bautista Rocha

Ensenada, B.C. 1968. Lic. en Ciencias de la Comunicación.

Ha publicado en las revistas Coloquio y La Colmena y en la Antología El Placer de Morir.

El texto incluido obtuvo mención honorífica en el Concurso Nuevo Brasil 1996.

Ramón López Castro

Tlalnepantla, Edo. de México. 1971. Abogado.

Becario del Centro de Escritores de Nuevo León 1996-97.

Ganador del XV Concurso de la Universidad de Monterrey 1995.

El texto incluido obtuvo mención honorífica

en el XV Concurso de la Universidad de Monterrey 1995.

Gabriela Riveros Elizondo

Monterrey, N.L. 1973. Lic. en Letras Españolas.

Becaria del Centro de Escritores de Nuevo León 1994-95.

Ganadora del XIII Concurso de Cuento de la Universidad de Monterrey en 1993,

así como del Concurso de Cuento y de Ensayo del Sistema ITESM en 1994.

El texto incluido ganó el 1er. lugar del Concurso de la radio alemana Deutsche Welle en 1995.

Sergio Cuéllar García

Monterrey N.L. 1963. Pintor.

Estudió en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda".

Tiene más de 40 exposiciones entre colectivas e individuales en diferentes Galerías de la República Mexicana, Madrid y Nueva York, donde radica actualmente.

CONVOCATORIAS

CONCURSO DE CUENTOS JUAN RULFO 1996

Bases

- 1.- Se puede participar con un relato en lengua española, original e inédito.
- 2.- Su extensión no deberá exceder veinte páginas, veintidós líneas por página, mecanografiadas a doble espacio y de un solo lado, en caracteres perfectamente legibles.
- 3.- Al final del relato deben figurar nombre, apellidos, teléfono y dirección del autor, así como los datos biográficos que se crea conveniente incluir. Los originales no serán devueltos ni se remitirá acuse de recibo.
- 4.- El plazo de admisión de las obras se cerrará el 31 de agosto de 1996. El matasellos de correos dará fe de la fecha del envío.
- 5.- El fallo del jurado se anunciará el 12 de diciembre de 1996. Los cuentos seleccionados serán premiados con:
 - 30,000 francos (Radio Francia Internacional).
 - 15,000 francos (Centro Cultural de México).
 - 15,000 francos (Casa de América Latina).
 - 15,000 francos (El espectador -Colombia-).
 - 10,000 francos (Radio Sarandy -Uruguay-).
 - 10,000 francos (Unión Latina) Para autores inéditos.
 - 5,000 francos (Editorial Monte Ávila -Caracas) para cuentos infantiles.
- 6.- El premio Unión Latina se reserva a relatos de escritores que no tengan nada publicado y el Monte Ávila a autores de cuentos para niños. Los concursantes que estén en esos casos deben señalarlo en el encabezado del texto. No obstante, esto no excluye que puedan obtener uno de los otros premios.
- 7.- Los autores de las obras premiada ceden los derechos a los organizadores para su publicación.
- 8.- El jurado estará compuesto este año por José Manuel Caballero Bonald (España), Jorge Edwards (Chile), Claude Fell (Francia), Mercedes Iturbe (México), Alexis Márquez (Venezuela), Augusto Monterroso (Guatemala), Julio Ortega (Perú), Fernando del Paso (México), Juan Manuel Roca (Colombia), Emilio Sánchez Ortiz (España) y Aline Schulman (Francia).

9.- El envío de la obra deberá hacerse en un solo ejemplar a la siguiente dirección:
**RADIO FRANCIA INTERNACIONAL
Servicio de Lenguas Ibéricas**
Concurso de Cuentos JUAN RULFO
116, Avenue du Président Kennedy
75786, PARIS CEDEX 16
FRANCIA.

PREMIOS CASA DE LAS AMERICAS

La Casa de las Américas convoca para 1997 a la XXXVIII edición de su Premio Literario. Las convocatorias al premio se distribuyen en dos grupos que se alternan cada año, y que han quedado integrados de la siguiente manera:

Grupo A: Novela, cuento, testimonio y literatura brasileña (en todos los géneros, menos ensayo).

Grupo B: Poesía, teatro, ensayo de tema artístico-literario, ensayo de tema histórico-social y literatura caribeña.

Premio Extraordinario de Literatura Hispana en los Estados Unidos: La casa de las Américas convoca este año, como parte de las conmemoraciones con motivo del centenario de 1898, a un premio Extraordinario de Literatura Hispánica en los Estados Unidos. Podrán participar en él todos los hispanos residentes en los Estados Unidos, con textos escritos en español, inglés o ambas lenguas, y en los géneros de narrativa y poesía. Los libros que concursen se someterán a las Bases Generales del Premio.

Bases

- 1.- Podrán enviarse libros inéditos en los géneros y categorías del grupo A, así como del Premio Extraordinario.
- 2.- Podrán participar los autores latinoamericanos y caribeños, naturales o naturalizados, además de los hispanos residentes en los Estados Unidos que concursen en el Premio Extraordinario.
- 3.- Los autores deberán enviar un original y dos copias en español, portugués o inglés, según sea el caso. Las obras no excederán de quinientas páginas de treinta líneas mecanografiadas (o escritas en computadora) a dos espacios y foliadas, deberán ser inéditas

y no podrán estar en proceso de impresión en otra editorial. También se consideran inéditas aquellas obras que hayan sido impresas en menos de la mitad.

4.- Ningún autor podrá enviar más de un libro por género, ni participar con una obra que haya obtenido un premio nacional o internacional. Tampoco podrá participar en un género o categoría en que, en alguno de los cuatro años anteriores, hubiera obtenido ya el Premio Casa de las Américas.

5.- Se otorgará un premio único e indivisible por cada género o categoría. El premio consistirá en 3,000 dólares, o su equivalente en la moneda nacional que corresponda, y la publicación de la obra por la Casa de las Américas.

6.- Las obras serán firmadas por sus autores, quienes especificarán en qué género desean participar. Es admisible el seudónimo literario, si es usual en el autor, pero en este caso será indispensable que lo acompañe de su identificación. Los autores enviarán sus respectivas fichas biobibliográficas.

7.- La Casa de las Américas se reserva el derecho de publicación de la que será considerada primera edición de las obras premiadas, hasta un máximo de 10,000 ejemplares, aunque se trate de una coedición. Tal derecho incluye no sólo evidentes cuestiones económicas sino todas las características gráficas y otros aspectos de la mencionada primera edición. La Casa de las Américas se reserva la opción sobre las obras concursantes durante un año, a efectos de negociar su publicación en todo el mundo. Los derechos de toda contratación revertirán sobre el autor, descontándose, en cada caso, un 10% que será para Casa de las Américas.

8.- Las obras deberán ser remitidas a casa de las Américas (3a y G, El Vedado, La Habana, 10400, Cuba), o a cualquiera de las embajadas de Cuba, antes del 30 de noviembre de 1996.

9.- Los jurados se reunirán en La Habana en enero de 1997.

10.- La Casa de las Américas no devolverá los originales concursantes.

CONVOCATORIAS

La Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, convocan al

XXV CONCURSO LATINOAMERICANO DE CUENTO "EDMUNDO VALADES"

Bases

1.- Podrán participar todos los escritores de habla hispana residentes en América Latina.

2.- Los concursantes deberán enviar un cuento inédito con temas libres, con una extensión mínima de 5 cuartillas y máxima de 15, a:

CASA DE LA CULTURA DE PUEBLA

5 Oriente No.5, Apdo. Postal 255,
Puebla, Pue. México C.P. 72000.

3.- Los trabajos se presentarán por cuadruplicado, escritos a máquina, a doble espacio, en papel tamaño carta y por una sola cara.

4.- Los concursantes deberán suscribirse con seudónimo; por separado, en sobre cerrado, se enviará la identificación del autor, con su domicilio, teléfono y código postal.

5.- Las plicas de identificación serán depositadas en una Notaría Pública de la ciudad de Puebla. El notario abrirá únicamente las que el Jurado Calificador señale y destruirá las demás.

6.- El certamen quedará abierto, desde la publicación de la presente convocatoria, hasta el 20 de agosto de 1996.

7.- El Jurado Calificador estará integrado por escritores de reconocido prestigio, cuyos nombres serán dados a conocer oportunamente.

8.- Una vez emitido el fallo del jurado, se notificará inmediatamente al concursante que resulte triunfador, a la vez que se divulgará por los diversos medios de comunicación.

9.- El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes cubrirá los pasajes de ida y vuelta del ganador por vía aérea de cualquier parte del continente a México, y la Secretaría de Cultura su estancia en Puebla.

10.- Las instituciones que convocan cubrirán los gastos de desplazamiento dentro de la República y su estancia en Puebla. El 18 de noviembre será entregado el premio en la ciudad de Puebla.

11.- Los derechos de la primera edición del trabajo premiado y las antologías correspondientes, pertenecerán a los organizadores.

12.- No se devolverán los originales ni copias de los trabajos que no obtengan premio.

13.- Cualquiera caso no considerado dentro de las cláusulas de la presente será resuelto a criterio de los convocantes.

Premio único e indivisible \$15,000.

El Consejo para la Cultura de Nuevo León, con la colaboración del R. Ayuntamiento de Monterrey y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, convoca al

VIII CERTAMEN NACIONAL DE LITERATURA ALFONSO REYES

Bases

1.- Podrán participar escritores mexicanos o de cualquier nacionalidad, residentes en México o en el Extranjero, con la condición de que el trabajo presentado sea en idioma español.

2.- No lo podrán hacer aquellos que laboren directamente en las instituciones organizadoras del concurso ni aquellos que hayan ganado en anualidades anteriores.

3.- El premio único e indivisible consta de \$30,000 pesos. Los trabajos que a juicio del jurado calificador presenten méritos suficientes obtendrán menciones honoríficas.

4.- Los participantes deberán enviar un ensayo o libro de ensayos inédito escrito en español, sobre los siguientes temas: Literatura Mexicana, Literatura Hispanoamericana Contemporánea, Cultura Contemporánea de México, Historia Regional (Noreste de México) y La Ciudad y el Escritor.

5.- Los trabajos deberán tener un mínimo de 50 y un máximo de 100 cuartillas en original y tres copias, escritas a máquina a doble espacio, en hojas tamaño carta, por una sola cara. Los ensayos serán dirigidos al:

**VIII CERTAMEN NACIONAL
DE LITERATURA ALFONSO REYES,
CONSEJO PARA LA CULTURA DE N.L.**
José Benítez 604 Col. Obispaño.
C.P. 64010. Tel (8) 3-48-43-92.

6.- Los concursantes deberán firmar con seudónimo y proporcionar su identificación en un sobre cerrado con los siguientes datos: nombre, dirección y teléfono.

7.- La recepción de las obras participantes queda abierta a partir de la publicación de la presente convocatoria y concluye el 17 de septiembre de 1996. No se devolverán originales.

8.- El jurado calificador estará integrado por personas de reconocida trayectoria intelectual. Sus nombres se darán a conocer oportunamente.

9.- El fallo del jurado calificador se dará a conocer el 7 de diciembre. Un notario abrirá únicamente los sobres que contengan las identificaciones del ganador y de los acreedores de las menciones honoríficas y destruirá los sobres restantes.

10.- Las instituciones organizadoras notificarán de inmediato al triunfador, a las personas distinguidas con las menciones honoríficas y a los medios de comunicación. Igualmente informarán la fecha en que se efectuará la ceremonia de entrega del premio.

San
Quintín
106

Te invita a que envíes tus colaboraciones. Se aceptan cuentos, relatos, crónicas y fragmentos de novelas (terminadas).

Sólo si tu texto es seleccionado por **La Celda de Trabajo**, se te informará a vuelta de correo junto con el cheque por tu colaboración y la fecha en que será publicado.

¡Nos leemos!



CAFE
NUEVO
BRASIL

ABIERTO 24 HORAS

Zaragoza 224 Sur Monterrey, N.L.
Tel: 343-2816